

Lectulandia

Milo y Lina prosiguen su viaje a bordo del *Ave Susurro* para rescatar a sus padres, sin saber que las fuerzas imperiales los están esperando. ¿Podrán librarse de la trampa que les tienen preparada?

Cavan Scott

La trampa

Aventuras en el espacio salvaje - 2

ePub r1.0
Titivillus 23-05-2021

Título original: *Adventures in Wild Space: The Snare*
Cavan Scott, 2016
Traducción: Efitorial PLaneta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana…


AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE
LA TRAMPA

CAPÍTULO 1

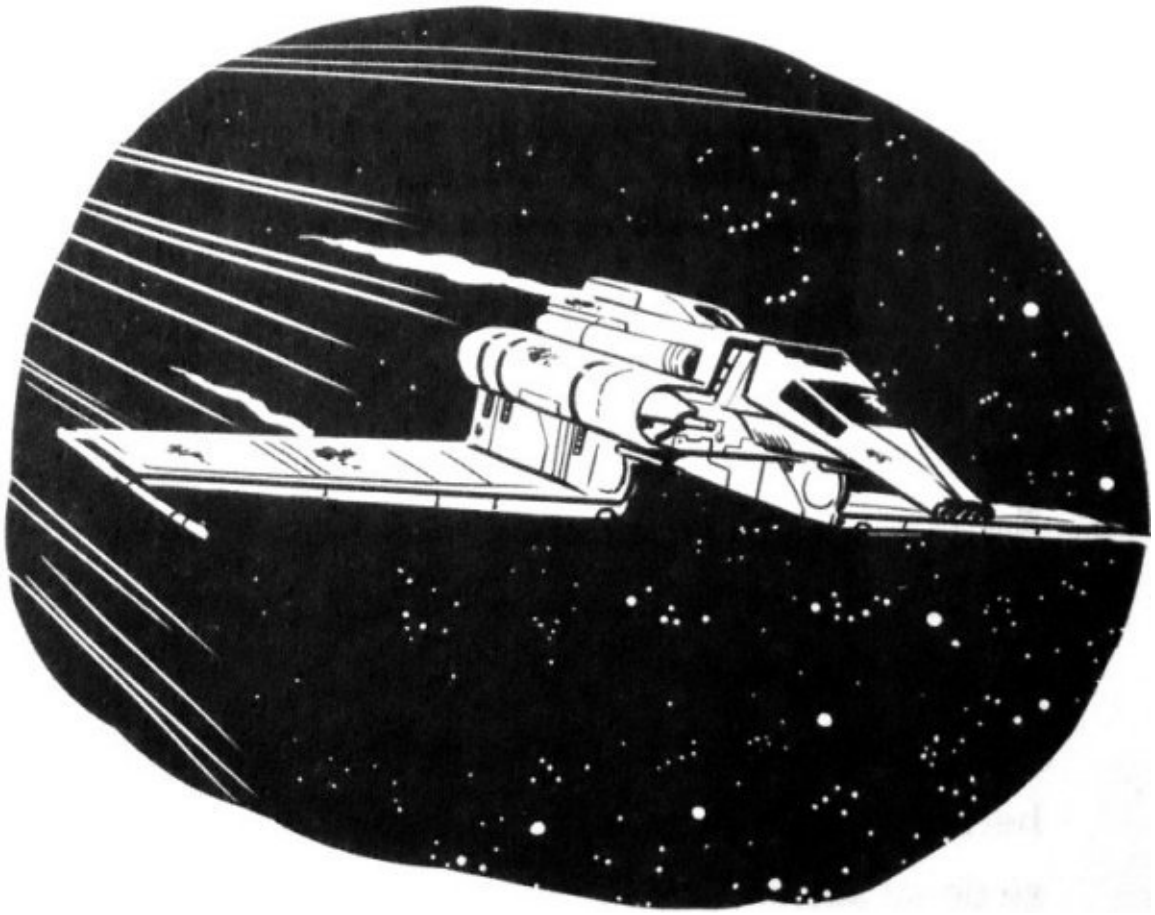
FALLO DE ENERGÍA

El *Ave Susurro* tenía problemas y Lina Graf lo sabía. En cuanto la sacó del hiperespacio, la nave empezó a sacudirse como un bantha revoltoso.

—Lina, ¿qué estás haciendo? —se quejó su hermano Milo cuando estuvo apunto de caerse de su asiento, en la parte trasera de la estrecha cabina.

—Intentar volar en línea recta —contestó ella bruscamente, mientras pulsaba interruptores en la consola principal. Las luces de emergencia parpadeaban y, por mucho que Lina lo intentara, la palanca de control no giraba.

La nave se sacudió, zarandeando a ambos niños en sus asientos.



—¿A eso lo llamas línea recta?

—¡Señor Milo, por favor! —replicó el droide, que estaba sentado a la derecha de Lina, conectado directamente al ordenador de navegación—. La señorita Lina lo hace lo mejor que puede.

—¿Y si lo mejor que puede no es suficiente? —refunfuñó Milo.

—Pues su actitud tampoco será de mucha ayuda —dijo CR-8R.

CR-8R, o Cráter para sus amigos, era un droide mosaico, improvisado por Rhyssa a partir de distintas piezas. Su cuerpo era una carcasa astromecánica conectada a una base de probot flotante, dotada con brazos manipuladores que se agitaban mientras hablaba. Era quisquilloso, terco y extraordinariamente molesto pero, en ese momento, también era lo único que tenían.

Sus padres no estaban: Auric y Rhyssa Graf, exploradores, realizaban mapas de los desconocidos recovecos del Espacio Salvaje hasta que fueron capturados por un capitán del ejército Imperial llamado Korda. Lina siempre había pensado que el Imperio luchaba por el bien, que propagaba la paz y el orden por toda la galaxia. ¿Cómo pudo estar tan equivocada? Korda había robado sus mapas, capturado a sus padres e intentado destruir el *Ave Susurro* con Lina y Milo en su interior.

Ahora estaban solos, con la sola compañía del viejo cascarrabias de CR-8R y de Morq, el mono-lagarto kowakiano de Milo. Lina no podía confesárselo a su hermano pequeño, pero estaba aterrorizada. Y, por mucho que éste intentara aparentar valentía, sabía que Milo estaba igual de asustado.

Pero, de momento, tenían problemas más urgentes. El *Ave* había sufrido daños considerables al escapar de las cargas explosivas de Korda y a duras penas se mantuvo de una pieza en el hiperespacio.

—Llegando a Thune —anunció CR-8R.

Lina miró hacia arriba a través de la cabina y se fijó en un pequeño planeta marrón y azul que se encontraba sobre ellos.

—¿Vamos a lograrlo? —preguntó Milo, colocándose en su asiento mientras Morq se colgaba de él, gimiendo lastimosamente.

—Por supuesto —dijo Lina—. Siempre y cuando la nave no se rompa en pedazos primero.

—¿Y qué probabilidades hay de que eso ocurra?

Se oyó un golpe en la parte superior y saltaron chispas desde los indicadores de potencia de la consola.

—¡Van en aumento! —admitió apartándose el humo de la cara—. Cráter, ¿qué está pasando?

El droide consultó el localizador de desperfectos del *Ave.*

—¿Por dónde quiere que empiece? Se están apagando los sistemas de toda la nave. ¡Los propulsores se están sobrecalentando y el sistema de soporte está en estado crítico!

—¿Hay algo que funcione? —preguntó Milo.

—El sintetizador de comida está operativo.

—Genial. ¿Alguien tiene hambre?

El sonido de una pequeña explosión retumbó por todo el *Ave Susurro.*

—Ahora ya no —reportó CR-8R—: ¡Acaba de explotar!

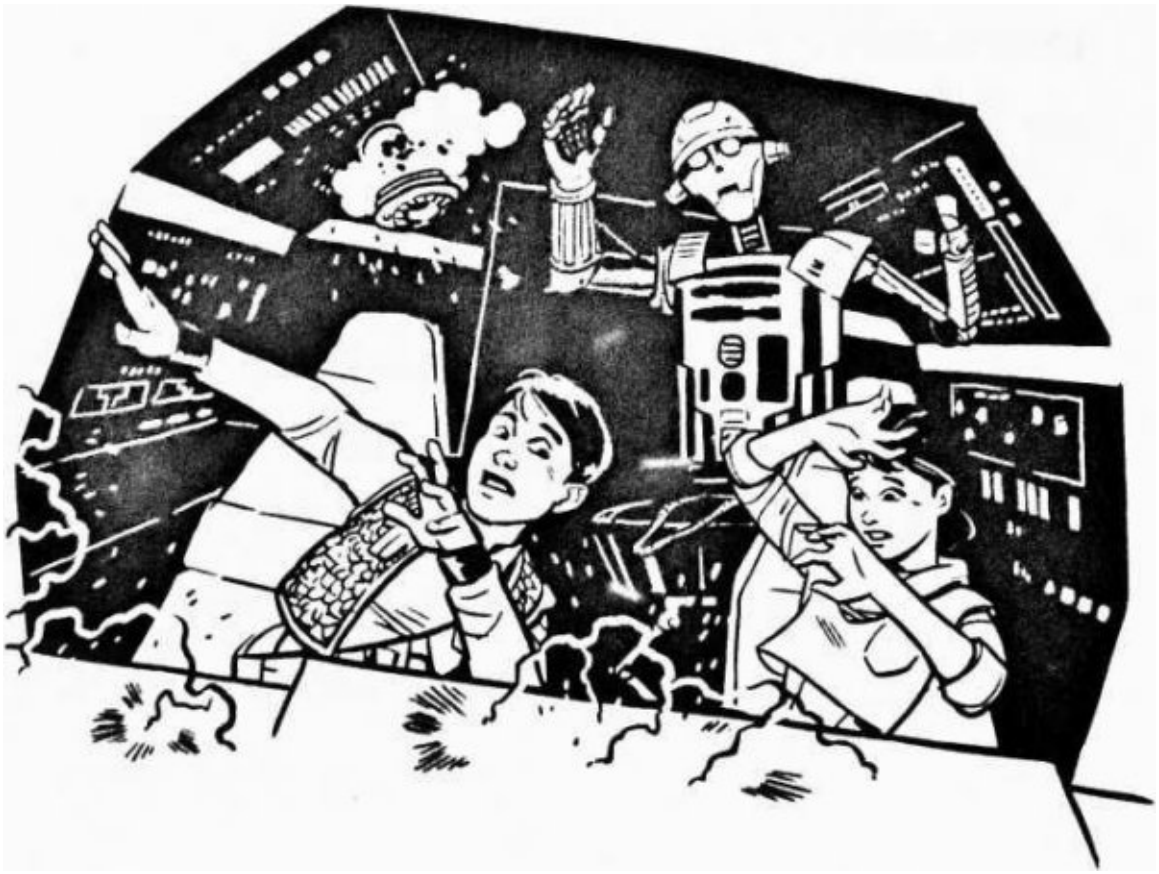
A Lina le entraron ganas de darse de cabezazos contra la consola de mando.

—Hay que descender para hacer reparaciones —dijo, intentando mantenerse serena.

—¿Tienes que usar la palabra «descender»? —dijo Milo.

—¿Por qué no? ¡Si los propulsores se estropean, eso es exactamente lo que vamos a hacer!

—Sistemas de soporte en estado crítico —informó CR-8R.



—¡Cállate de una vez! —gritó Lina.

—No ataque al mensajero —contestó CR-8R con arrogancia—. No es culpa mía que la nave se esté cayendo a trozos.

Lina dejó el asiento de piloto y analizó las lecturas en la consola trasera.

—Ahí está el problema —anunció, abriendo una maqueta holográfica del motor del *Ave*—. El generador principal está fallando e inutiliza el resto de los sistemas.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó Milo, cuya voz delataba lo asustado que estaba.

A Lina siempre se le habían dado bien las máquinas. Cuando era pequeña pasaba más tiempo desmontando sus juguetes que jugando con ellos. El *Ave Susurro* era infinitamente más compleja, pero podría hacerlo. Tenía que poder. En ausencia de sus padres, ella era la persona de mayor edad. Estaba al mando.

Dio un apretón, que intentaba ser reconfortante, al hombro de Milo.

—Si me ayudas, puedo.

Milo sonrió e hizo un saludo burlesco.

—Sí, mi capitán.

Lina rio y se volvió hacia el navegador.

—Cráter, dirige la nave. Mantón el rumbo hacia delante, ¿vale? Hacia

Thune.

—Hacia delante no es problema —contestó CR-8R—. Cualquier otra dirección puede suponer alguna contrariedad.

—Puedes hacerlo —dijo Lina, abriendo las puertas de la cabina y corriendo hacia el sistema de motores de la nave.

—Oh, ¿usted cree? Qué amable de su parte —respondió CR-8R sarcásticamente, mientras Milo seguía a su hermana con Morq amarrado a sus hombros—. Quiero decir, llevo pilotando naves espaciales desde… déjeme pensar… ¡ANTES DE QUE NACIERAN!

Mientras CR-8R continuaba quejándose, Lina llegó a la bodega principal, con Milo pisándole los talones. Corrió hasta la escalera de la pared del fondo y empezó a subir hacia una escotilla de acceso en el techo.

—Puedo acceder al núcleo por aquí —dijo hacia abajo, dirigiéndose a su hermano—. Aunque no consiga que funcione de nuevo, puedo encender los generadores de emergencia. Deberían proporcionarnos suficiente energía para llevarnos abajo.

—¡Para llevarnos abajo a salvo! —gritó Milo—. Has olvidado decir «a salvo».

—No puedo prometerlo —dijo ella, alcanzando la escotilla—. Pero llegaremos de una pieza. Probablemente.

—Odio cuando dice probablemente —murmuró Milo, provocando un gemido de conformidad por parte de Morq.

Sobre ellos, Lina presionó un control de la compuerta y esperó a que ésta se abriera.

No pasó nada.

Presionó de nuevo, pero la pequeña puerta seguía sin moverse.

Intentando no entrar en pánico, optó por el accionamiento manual y probó a tirar de la escotilla.

—¿Qué pasa? —le gritó Milo.

—No cede —contestó ella con los dientes apretados—. El mecanismo debe de haberse atascado.

—¿Hay otra forma de entrar?

Lina tenía el corazón en un puño.

—Sí, la hay.

Volvió a bajar por los peldaños.

—Pues ¿dónde está? —preguntó Milo—. ¿Cómo entramos?

—No entramos —dijo Lina—. Yo entro.

—¿A qué te refieres?

Lina se dirigió hacia una pantalla de ordenador, donde activó un holograma y mostró una copia holográfica del *Ave Susurro.*

—El generador está aquí —dijo ella, señalando una luz roja intermitente en el centro de la nave—. Y la escotilla atascada está allí.

—Vale, entonces, ¿cómo se supone que vas a entrar?

Lina tragó saliva.

—Pues usando la escotilla externa, aquí. —Apuntó hacia una pequeña compuerta sobre la nave.

—¿Externa? ¿Quieres decir «fuera»?

Lina intentó que su voz no delatara el miedo que sentía.

—Sí.

—Estamos en el espacio, hermanita. ¡No puedes salir fuera de la nave mientras estemos en el espacio!

—¿Para qué te crees que están los trajes espaciales? Además, si no lo hago, nunca aterrizaremos de forma segura.

Antes de que Milo pudiera responder, la voz de CR-8R crepitó por el sistema de comunicaciones.

—Señorita Lina, sea lo que sea lo que vaya a hacer, ¿puedo sugerirle que lo haga deprisa? Los retropropulsores han fallado. No podemos frenar.

Lina, frustrada, golpeó con su mano una unidad de comunicación.

—Entonces cambia el rumbo. Aléjanos de Thune.

—No puedo. Los controles no responden. Si no cambiamos el rumbo enseguida… Me temo que el *Ave Susurro* va a chocar directamente contra el planeta.

CAPÍTULO 2

PASEO ESPACIAL

Thune se hacía más grande a cada segundo que pasaba.

Milo se sentó en el asiento del piloto, con Morq posado en el respaldo. Nervioso, echó un vistazo a la pantalla que mostraba la cámara de descompresión del *Ave.* Lina estaba en el interior, vestida con uno de los trajes espaciales amarillo brillante de la familia y con el protuberante casco bajo el brazo.

—Señorita Lina —dijo CR-8R a través de la unidad de comunicación—. Por última vez, esto es una muy mala idea.

—Es la única que tenemos, Cráter —respondió ella.

—Déjeme salir a mí —insistió el droide—. Puedo arreglar la célula de energía.

—La compuerta es demasiado estrecha; no podrías pasar. Además, necesito que pilotes.

—Yo puedo pilotar —interrumpió Milo.

—¡Enano, tú estrellas los *speeders* incluso cuando están parados! Confía en mí: es la única manera.

Milo solía irritarse cuando su hermana usaba aquel mote, pero estaba demasiado preocupado como para que le importara en ese momento. Sólo quería que a su hermana no le pasara nada.

En la pantalla, Lina se colocó el casco en la cabeza y se lo ajustó.

—Muy bien —susurró CR-8R—. Si está dispuesta a seguir este ridículo plan…

—Lo estoy —contestó Lina, aunque su voz reflejaba nerviosismo.

—Vamos a repasarlo una vez más.

—No podemos esperar mucho, Cráter.

El droide la ignoró.

—Abrimos la cámara de descompresión y usted sube a la parte superior del *Ave Susurro*. Las almohadillas magnéticas de sus manos y rodillas la mantendrán sujeta al casco de la nave.

—Lo pillo.

—Una vez haya abierto la compuerta, no se entretenga con el núcleo principal: eso le robaría demasiado tiempo.

—En lugar de eso, desvío la energía a los sistemas secundarios —continuó Lina desde la cámara de descompresión—. Los retropropulsores deberían abrirse y podrás llevarnos a tierra.

—Sólo cuando estés de vuelta —apuntó Milo.

—No te preocupes, no pienso ir colgando.

—Mientras tanto, intentaré anular los repulsores —dijo CR-8R—, y estabilizar el compensador de aceleración. Si no, vamos a tener un viaje muy movido.

—Todo correcto —dijo Lina en el comunicador, pero Milo sabía que no era cierto. Nada de aquello era correcto, en absoluto. Deseó poder ocupar el lugar de ella, pero sabía que no serviría de ayuda: mientras que Lina entendía de máquinas, el gran amor de Milo era la naturaleza. Él era feliz revolcándose en un pantano o descubriendo nuevas especies, no reorientando la energía de los generadores.

Ahora no podía ser de mucha utilidad.

—Ve con cuidado, ¿eh, hermana? —dijo, intentando parecer animado—. ¿A quién voy a molestar si no estás por aquí?

—Me molesta a mí —señaló CR-8R, que recibió un tortazo de la cola de Morq.

—No te preocupes, Milo, puedo hacerlo. Cráter, abre la cámara.

Milo se preguntó si estaba intentando convencerlo a él o a sí misma. En el asiento de copiloto, el droide pulsó algunos botones antes de anunciar:

—Abriendo la cámara de descompresión en cinco, cuatro, tres, dos…

—¡Uno!

Lina contuvo la respiración cuando el aire salió de la cámara, y la puerta hexagonal se abrió ante ella y reveló estrellas muy lejanas. Se le revolvió el estómago y estuvo a punto de gritar que aquello era un grave error y había cambiado de idea.

Con la puerta completamente abierta, sólo un campo magnético la protegía del vacío. Tragó saliva y presionó un interruptor en el panel de control que llevaba cosido a la manga del traje espacial.

—Deteniendo la gravedad artificial de la cámara.

Se oyó un pitido y Lina empezó a flotar por la sala. Cuando eran pequeños, su madre solía desactivar la gravedad artificial en la bodega principal para que Milo y Lina jugaran en gravedad cero, gritando y aplaudiendo mientras nadaban por el aire. De pronto, ya no parecía tan divertido como antes.

—Reduce el campo magnético —ordenó.

—Campo magnético desactivado —respondió CR-8R a través del comunicador. Con una repentina ráfaga de luz, la puerta azul que había entre ella y el espacio abierto desapareció.

Lina se imaginó a su madre diciéndole que podía lograrlo y se impulsó hacia el exterior. Se agarró al borde de la puerta abierta y se colocó boca arriba para subir por el casco del *Ave Susurro.*

Ya estaba en el exterior de la nave.

Su estómago se contrajo, y por un momento pensó que iba a marearse dentro de aquel casco. «No es una buena idea, Lina. En absoluto». Trató de recordar una de las muchas cosas que CR-8R sabía y les había recitado:

—Cuando se sale al espacio exterior, hay que concentrarse en la nave, no en las estrellas. Si miran hacia arriba, quedarán hipnotizados por la inmensa extensión del espacio. Si miran hacia abajo, verán el casco, sólido y seguro. Caminen paso a paso y no corran: no querrán resbalar y perder la sujeción.

En efecto, aquello era lo último que Lina quería. Para ser un droide tan molesto, a veces CR-8R tenía mucha razón.

Todavía agarrada del borde de la puerta, pulsó un botón en su manga. Las almohadillas magnéticas de sus rodillas y guantes se activaron, por lo que las extremidades se le pegaron al exterior de la nave.

—Funciona —dijo en voz alta.

—¡Lo estás haciendo genial, hermanita! —la animó Milo.



—Sí —confirmó CR-8R—. Pero, por una vez, le agradecería que lo hiciera un poco más rápido.

—¿Y qué pasa con lo de no correr?

—Perdone, debería haber añadido que no corra, a menos que esté a punto de estrellarse contra el costado de un planeta.

Lina suspiró.

—Vale. Tú concéntrate en mantener operativos esos repulsores.

—¿Qué cree que estoy haciendo? —contestó el droide.

Lina no respondió, sino que dedicó unos segundos a orientarse antes de emprender el largo gateo hacia la parte superior de la nave. Las alas del *Ave Susurro* estaban extendidas a ambos lados, y ella no perdía de vista el planeta contra el que se precipitaban. Thune parecía enorme en ese momento, y distinguió unos puntos alrededor del planeta, cada vez más grande: eran naves en órbita; estaciones espaciales, quizá.

De nuevo le entraron náuseas. «Manten la cabeza gacha —se dijo—; concéntrate en el casco. Paso a paso».

Mientras la nave avanzaba, Lina seguía adelante. Las almohadillas magnéticas se mantenían firmes, liberándose cuando ella levantaba las manos y volviéndose a enganchar cuando las bajaba de nuevo. Podía sentir cómo la

nave se estremecía bajo su tacto, y las vibraciones de los motores estropeados fluían a través de su cuerpo.

—Casi está —dijo, mirando al frente; pero, antes de que Milo o CR-8R pudieran responder, el *Ave Susurro* se sacudió violentamente.

Lina resbaló y las almohadillas magnéticas se soltaron. De repente, se estaba quedando atrás, en el espacio, mientras el *Ave* seguía avanzando. Gritó, estirando un brazo y alargando la palma de la mano. Rozó el metal y arrastró la mano por la nave, hasta que la almohadilla magnética se agarró y Lina se detuvo tan en seco, que el brazo estuvo a punto de desencajársele.

—Lina, ¿estás bien? —preguntó Milo—. ¿Lina?

—Estoy bien —dijo ella con voz ronca mientras el corazón le palpitaba en el pecho—. ¿Qué ha sido eso?

—Los repulsores se han fundido —contestó CR-8R—. La célula de energía está a punto de entrar en estado crítico. Tiene que espabilar, señorita Lina. ¡Vamos!

No se lo hizo repetir dos veces. Lina se arrastró hacia delante, con los ojos fijos en la compuerta. Los músculos le ardían y la cabeza le daba vueltas, pero no le importaba. Tenía que lograrlo, por el bien de todos.

Alcanzando la compuerta, encontró los controles e introdujo un código en el teclado. La compuerta se abrió silenciosamente mientras la resplandeciente luz intermitente de emergencia se encendía en la estrecha abertura.

—Estoy dentro —se animó Lina, mirando hacia la corta escalera que conducía al generador.

—Genial, hermanita. Ahora no te entretengas. Tenemos otro problema. En realidad, dos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lina, antes de percibir algo de reojo. Al dirigir la mirada hacia arriba, se encontró con un par de cazas estelares que seguían al *Ave Susurro.*



CAPÍTULO 3

ATERRIZAJE

—Se acercan deprisa —afirmó Milo, revisando los sensores traseros.

—¡Demasiado! —coincidió CR-8R.

—¡Pues imaginaos estar aquí fuera con ellos! —gritó Lina por el comunicados

—Entra en la sala de máquinas, hermana. A lo mejor no te…

Los cazas volaron sobre la parte superior del *Ave Susurro,* produciendo un zumbido.

—Se han ido —dijo Lina, respirando aliviada.

Milo se sentó de nuevo en su asiento.

—Creí que nos estaban persiguiendo.

—Se dirigen a Thune —informó CR-8R—; ¡como nosotros, por si no se acordaban!

—Estoy en ello —respondió Lina, y Milo cambió las imágenes a las de la cámara de alimentación interna para ver cómo se introducía en la sala de máquinas.

—Te veo. ¿Cómo está todo?

—Ahumado. Ha habido un incendio. Algunos de los cables deben de haberse quemado.

Vio que Lina se giraba hacia un panel de acceso y tiraba de él para coger la caja de herramientas de emergencia de su madre.

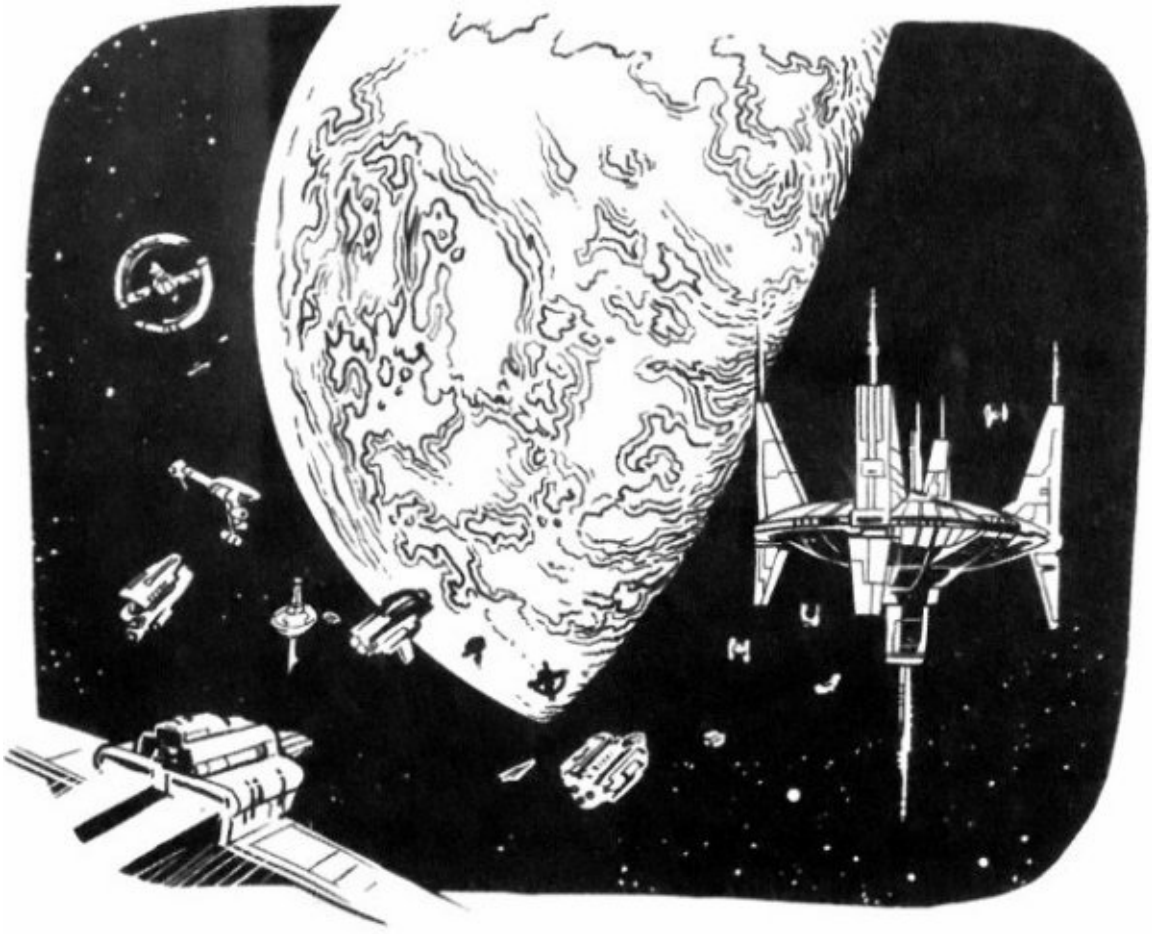
—No tardaré mucho —prometió. Milo confiaba en que así fuera. Echó un vistazo a través de los cristales frontales de la cabina. Thune era inmenso y ya podía distinguir cada una de las naves que estaban en órbita.

—Esas naves son los nuevos modelos imperiales, los cazas TIE. Se están acoplando a aquella estación espacial.

Como si hubiera esperado el momento idóneo, una luz empezó a parpadear en la consola de control.

—¿Y ahora qué?

CR-8R revisó las lecturas.



—Es la estación espacial. Quieren comunicarse con nosotros.

—¿Por qué?

—Sin contestar, es excepcionalmente difícil saberlo.

—Tendremos que ignorarles. ¿Cuánto queda para que lleguemos a la atmósfera?

—Seis minutos

—Bromeas.

—No estoy programado para el humor.

Milo pulsó los botones de comunicación.

—¿Lo has oído, hermanita?

—Alto y claro. El núcleo está muy afectado. Las bobinas de transmisión están fritas, pero debería ser capaz de transferir la energía. ¿Cómo va Cráter con los repulsores?

—Mal —fue la respuesta, demasiado sincera, del droide—: El ordenador de seguridad se está resistiendo. No activará los repulsores hasta que haya una fuente de energía estable.

La luz de la consola volvió a brillar.

—Están realmente ansiosos por hablar con nosotros, ¿no? —dijo Milo mirando la estación, cada vez más próxima.

—Han aumentado la prioridad de la señal —le advirtió CR-8R—. Si no contestamos, pueden enviar esos cazas TIE para investigar.

—¡Contesta la llamada, Milo! —ordenó Lina a través del comunicador—. ¡Lo último que necesitamos es otro vuelo de reconocimiento!

Milo presionó el botón de comunicación con un dedo tembloroso.

—Ho… hola —dijo, agravando la voz en un intento de sonar como su padre—. ¿En qué podemos ayudarles?

—Les habla el Control portuario imperial, y estábamos a punto de hacerles la misma pregunta —contestó una voz femenina—. Se están acercando al planeta a gran velocidad.

—Entendido, Control portuario —fingió Milo, a pesar de que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo—. Estamos experimentando problemas eléctricos, pero los solucionaremos en un plis.

—¿En un plis? —repitió Lina desde la sala de máquinas.

Milo la miró en la pantalla.

—¡Lanzadera clase Mu no identificada! Por favor transmita su identificación —pidió el Control portuario. Milo cortó la comunicación.

—¿Qué está haciendo? —preguntó CR-8R.

—No podemos decirle al Imperio quiénes somos —insistió Milo—. Creen que el *Ave Susurro* está destruida. Si descubren que estamos vivos, ¡nos arrestarán como a mamá y a papá!

—¿Así que va a ignorarlos y punto? —preguntó el droide.

—No funcionará —dijo Lina, todavía envuelta en cables—. En cuanto estemos lo bastante cerca, el *Ave* enviará nuestro código IAE automáticamente.

—¿Nuestro qué?

—Identificación Amigo o Enemigo —explicó CR-8R—. Por ley todas las naves transmiten automáticamente un código de identificación.

—Pero Lina puede anularlo y ya está, ¿verdad?

—Incluso si pudiese, estoy un poco ocupada.

Una luz brilló en la consola.

—Están contactando de nuevo —informó CR-8R.

A Milo le entraron ganas de gritar. No era posible que, después de llegar tan lejos, les detuviera algo tan tonto como un código de identificación. Delante, los cazas TIE se dirigían de nuevo hacia ellos en lo que parecía una sospechosa maniobra de interposición.

—¿Cómo vas con la energía? —preguntó, agarrado a los brazos del asiento de piloto.

—Sólo necesito unos minutos más —respondió Lina.

—No tenemos unos minutos. Cráter tiene que hacer… —vaciló, sin encontrar las palabras adecuadas.

—Maniobras evasivas —dijo CR-8R por él.

—¡No conmigo al lado del generador!

Los cazas TIE estaban tan cerca que Milo podía distinguir los cañones láser.

—¡No creo que nos dejen elección!

—Entrando en el campo de transmisión IAE —anunció CR-8R.

—Cráter, tienes que poder hacer algo.

—Pero ¿qué? —empezó CR-8R—. Aun en el caso de que anular el código no fuese ileg…

El droide se quedó helado, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Cráter?

—¿Qué pasa? —preguntó Lina.

—Ha dejado… de funcionar.

—¿Qué?

La cabeza de CR-8R se alzó de nuevo y sus ojos brillaron. Un brazo sonda salió disparado de su cuerpo y se estrelló contra el ordenador de navegación.

—Anulando códigos —anunció.

—Pero has dicho que no podíamos…

Antes de que Milo pudiera acabar la frase, CR-8R contestó la llamada del Control portuario. La voz femenina retumbó por toda la cabina.

—*Tormenta Estelar Uno*, hemos recibido su transmisión.

Milo, sorprendido, se quedó mirando a CR-8R. *¿Tormenta Estelar Uno?* ¿De qué iba aquello?

—IAE verificado. Todo correcto.

Milo observó los altavoces del comunicador mientras los cazas TIE se marchaban de vuelta a la base.

—¿Sí? Quiero decir…, sí. Bien. Entonces, ¿podemos dirigirnos hacia Thune…, por favor?

—Todavía necesita reducir la velocidad —fue la respuesta—. ¿Necesita un rayo tractor? Podemos estacionarles en el hangar de la estación.

—¡No! —gritó Milo, un poco precipitado, antes de reprimirse—. Negativo, no precisamos el rayo tractor; lo tenemos todo bajo control.

Cambió de canal para hablar con su hermana.

—Lina, por favor, dime que lo tenemos todo bajo control.

—Reorientando la energía… ¡ahora! —comunicó Lina.

El *Ave Susurro* tembló, por lo que Milo estuvo a punto de caerse del asiento de piloto. Con un chillido, Morq aterrizó sobre sus manos.

—Repulsores respondiendo —dijo CR-8R, aparentemente en su estado habitual—. Retrocohetes encendiéndose. Compensador de aceleración activado.

—Lo has conseguido, hermanita —gritó Milo—. Ahora vuelve a la cámara de descompresión.

—No hay tiempo para eso —insistió CR-8R, mientras el ordenador de navegación emitía pitidos salvajemente—: Estamos a punto de entrar en la atmósfera del planeta. Señorita Lina, voy a cerrar la escotilla.

—¿Qué? ¡No!

—Estará a salvo en la zona de motores durante el aterrizaje. Bueno, tan segura como lo estemos nosotros.

—¿Qué se supone que significa eso? —resopló Milo.

—¡*Tormenta Estelar Uno*, está entrando demasiado rápido! —gritó la controladora portuaria a través del comunicador—. Va a colisionar. Activando rayo tractor.

—¡Cráter, haz algo! —gritó Milo.

—Ya lo hago —respondió el droide—. Encendiendo retropropulsores. Máxima potencia. ¡Aguanten!

El casco del *Ave Susurro* comenzó a arder cuando se adentró en la atmósfera de Thune, fuera de control.

CAPÍTULO 4

NAZGORIGAN

Era como estar en un torbellino de Utapau. Cabría pensar que una persona zarandeada en el interior de una reducida sala de máquinas no se haría gran cosa, pero no es cierto. Con cada vuelta y giro de la nave, Lina salía por los aires y rebotaba de pared a pared.

—¡Milo! —gritó mientras se zarandeaba de un lado a otro—. ¿Qué pasa?

No hubo respuesta, aunque si la hubiese habido no habría sido capaz de escucharla: el rugido de los motores era ensordecedor y, por si no bastara con darse de bruces contra la sala, el calor que emanaba del generador defectuoso le dificultaba la respiración.

Lina fue arrojada hacia la escotilla cerrada y se golpeó contra el techo, y cayó de nuevo justo cuando un cable pasaba sobre su cabeza, disparando vapor caliente. Lina pensó por un momento que iría a parar hacia la nube ardiente y que herviría viva dentro del traje espacial.

¡Claro! ¡El traje espacial! ¡Ahí estaba la solución!

Se pegó a la pared, presionando sus manos contra el metal. Activó las almohadillas magnéticas y se quedó enganchada; por más que la nave se agitara, ella se quedaría donde estaba.

Intentó llamar a su hermano de nuevo, pero Milo no respondía. La sala se sacudió, y Lina mantuvo la posición. Cerró los ojos, intentando acallar el dolor de sus orejas, pues el calor procedente del generador empezaba a ser insoportable. No podría aguantar mucho más.

Entonces el suelo dejó de temblar y los motores se estabilizaron, produciendo un murmullo profundo pero constante. La temperatura seguía siendo sofocante, pero al menos ya no saldría disparada de un lado a otro.

—¿Milo? —dijo con voz ronca y la garganta seca.

Tampoco hubo respuesta. Lina mantuvo activadas las almohadillas magnéticas, sólo por si acaso, pero el descenso de la nave parecía haberse suavizado.

Si es que se trataba de un descenso. Antes de que la nave empezara a sacudirse, Lina había oído que la controladora portuaria mencionaba un tractor láser. ¿Era eso lo que había ocurrido? ¿Los estaban transportando a la estación espacial imperial, de donde no tendrían ninguna posibilidad de escapar?

Se oyó un ruido repentino en la parte inferior y Lina se sacudió hacia delante, torciéndose los hombros. No pudo evitar gritar: se había dañado uno de ellos justo antes de que sus padres fueran capturados y aún le dolía. Ocurrió mientras hacía el tonto en un pantano con Milo, cuando la única preocupación en el mundo era no buscarse problemas con mamá y papá.

Parecía que hiciera siglos de aquello.

Lina soltó las almohadillas magnéticas, pero se quedó esperando donde estaba. Un ruido desde arriba hizo que dirigiera la mirada en aquella dirección. Alguien estaba andando sobre la nave, justo encima de su cabeza.

¿Quién era? Recordó las tropas de asalto que habían capturado a mamá y a papá, con sus impolutas armas y sus imperturbables máscaras.

Y los blásters. Desde luego, se acordaba de los blásters.

Lina se puso en cuclillas, buscando desesperadamente un lugar donde esconderse. No había ninguno, aparte de la escotilla interna que habían cerrado antes, la razón por la que había tenido que realizar un paseo espacial. ¡Sí!

Al acercarse a la puerta, confirmó que los controles seguían sin funcionar. Se levantó de nuevo y cogió con mano temblorosa el cortador de fusión del kit de herramientas de su madre. Si conseguía realizar un corte a través de la puerta, podría escapar por la bodega principal…, a menos que ya estuviera repleta de soldados. Tenía que intentarlo.

Apuntó el filo de energía del cortador hacia el punto exacto donde la escotilla se abría sobre su cabeza. Lina miró hacia arriba, levantando una mano para proteger sus ojos de la luz solar que entraba por la abertura superior. Era demasiado tarde: una monstruosa silueta miraba a través de la brecha, con múltiples brazos agitándose en torno al cuerpo. ¿Qué era esa cosa?

—¿Señorita Lina? —Lina se echó a reír y soltó el cortador de fusión—. Señorita Lina, ¿está usted bien?



Apareció una familiar mata de pelo rebelde.

—¿Puedes verla?

—Milo —gritó ella, levantándose.

Su hermano agitaba una mano frente a su rostro.

—Uf, qué calor hace ahí dentro.

—¡Dímelo a mí! —exclamó ella con voz ronca.

Algo chilló y saltó al interior del habitáculo: Morq se precipitó hacia ella y le rodeó los hombros con sus largos brazos de mono-lagarto.

—Sí, sí, estoy bien, pequeñín —se rio, devolviéndole el abrazo—. Me alegro de verte. ¿Qué ha pasado allí arriba?

—Retroceda —dijo CR-8R—. Voy a bajar una cuerda.

Una delgada cuerda de fibra bajó por el hueco y Lina la agarró. Suspiró aliviada cuando CR-8R empezó a subirla hacia la compuerta abierta. Le dolía tanto el cuerpo que no podría haber subido por la escalera.

Arriba, Milo la ayudó a salir al casco de la nave y Morq saltó a los hombros de éste.

—¿Está herida? —se preocupó el droide.

—Un poco magullada y dolorida, pero me recuperaré. Sólo necesito un poco de aire fresco —dijo. Pero, en cuanto se quitó el casco, la abrumó el hedor—. ¡Uf! Eso no es fresco.

—Lo siento —dijo Milo—. Debería haberte advertido: este sitio apesta.

Entonces, sin previo aviso, le dio un abrazo. Ella le devolvió el gesto, sujetándolo con fuerza.

—Lo has conseguido —dijo ella—. Has logrado traernos aquí abajo.

—Siendo honesto, ha sido cosa de Cráter, no mía —confesó Milo, apartándose.

El droide retrocedió un par de pasos.

—Pero no necesito un abrazo; un simple gracias será suficiente.

—Pero ¿se puede saber qué ha ocurrido? —preguntó Lina—. Creía que querían nuestro código de identificación.

—Y eso es lo que Cráter les ha dado.

—¿Cómo?

—Sé tanto como usted —admitió CR-8R—. Estaba buscando en mi base de datos una solución para el problema de nuestro IAE y, de repente, he descubierto un montón de archivos con falsos documentos de registro.

—¿Falsos? ¿De mentira?

—Eso es lo que la palabra significa, señorita Lina. Me alegra ver que todos los años de clases han valido la pena.

—Pero ¿cómo llegaron esos códigos falsos a tu base de datos? —preguntó Milo.

—Bueno, en realidad no estaban allí antes —dijo el droide, mortificado con sólo pensarlo—. Tengo el presentimiento de que forma parte de los datos que envió su madre.

Eso aún tenía menos sentido. Antes de ser capturados, Rhyssa Graf había transferido información encriptada a la memoria de CR-8R, y el droide había estado desencriptándola desde entonces. Pero ¿por qué sus padres tenían una provisión de identificaciones falsa?

—¿Puedes decirnos qué más hay en los datos? —pidió Lina.

—Todavía estoy descodificando la mayor parte —admitió CR-8R—. Aproximadamente, el 12 por ciento completado.

—¿Por qué tardas tanto? —se quejó Milo.

—Oh, lo siento. He estado demasiado ocupado intentando que no chocáramos. ¿Recuerda? ¿Cuando salvé nuestras vidas?

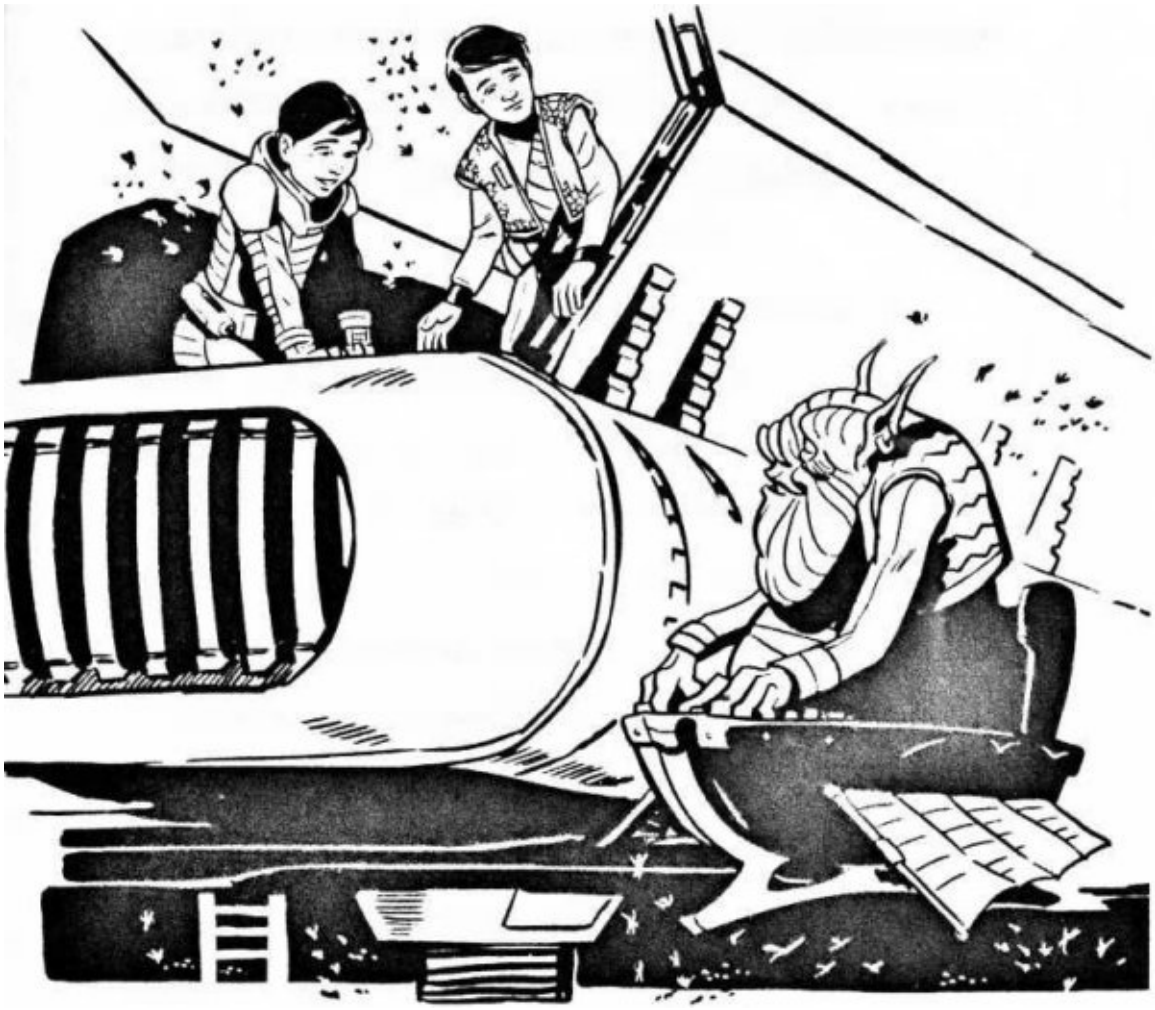
Ignorando al droide, Lina se dio la vuelta para contemplar la escena. El *Ave Susurro* había aterrizado en un concurrido puerto espacial. A través de los

bancos de naves se podía apreciar una gran ciudad, llena de altos edificios de piedra.

—¡Ay! —Algo picó a Lina en la nuca. Ella se golpeó la piel con la mano y un insecto se le pegó en la palma.

—Ah, sí, lo olvidaba —dijo Milo, apartando un zumbido que volaba frente a su cara—. Hay insectos por todas partes. Son brillantes. Además de que pican y muerden. Es un poco molesto.

—Necesitáis una espray para mosquitos, ¿no? —dijo una voz desde abajo. Los niños se asomaron y vieron un alienígena grande y arrugado que se balanceaba en un platillo flotante individual, a un metro del suelo.



—¿Quién es ése? —preguntó Milo.

—Activando modo lectura —anunció CR-8R—. Al parecer es un jablogiano, un nativo de Nar Kanji. Observe la manchada piel roja, los pequeños y brillantes ojos amarillos y ese montón de fea grasa.

—También puedes fijarte en las orejas puntiagudas —dijo en voz alta el alienígena—: ¡las que pueden oír cada palabra que dice ese cubo oxidado

tuyo! ¡Aunque sí que es fea esta grasa!

—¡Lo siento! —gritó Milo, dando un golpe a CR-8R—. No ha pretendido ofenderte.

—Le aseguro que sí lo pretendía —murmuró el droide—. Esta especie es de lo más falso y depravado.

—¿Cómo? —dijo enfadado el alienígena.

—Dice que lo siente —respondió Lina—. ¡Y que es tonto!

—Serán sinvergüenzas —rugió CR-8R—. Salvo sus vidas y así es como me lo agradecen.

—Nunca nos va a dejar olvidar eso, ¿verdad? —se quejó Milo.

—Cállate y bájanos al suelo —dijo Lina, subiéndose a la base flotante de CR-8R—. Ya me he hartado de estar aquí arriba, de una manera u otra.

—¿Por qué me ha tomado? —dijo molesto el droide—. ¿Un ascensor con pretensiones? Oh, muy bien. Supongo que también puede encontrar un sitio, señor Milo, pero que ese mono-lagarto pulgoso se baje solito.

En respuesta, Morq saltó sobre la cabeza de CR-8R, quien los bajó a todos al suelo quejándose.

—Mejor así, ¿sí? —dijo el jablogiano—. No hay necesidad de gritar tanto. Bienvenidos al puerto espacial de Thune.

—Gracias —respondió Milo, que, al bajarse de CR-8R, se vio amenazado por otro ruidoso insecto—. Creo.

—Thune es un lugar precioso —aseguró el alienígena—. Excepto por todos esos bichos.

Es por los canales que veis; todo este lugar está construido sobre ellos. Hay algo en el agua que atrae insectos.

—Muchos insectos —gruñó Lina, propinándose otro bofetón en el cuello.

—Por eso necesitáis esto —dijo el alienígena, mostrando una lata de espray—. El repelente de insectos patentado por Nazgorigan. Garantizado para apagar el zumbido de esos bichos. ¿Cuántos vais a querer?

—¿Perdón?

—¿Cuántos vais a querer comprar? No llegaréis muy lejos en Thune sin unas latas. A menos que os guste rascaros hasta estar en carne viva, ¿sí?

—Vale, cogeré uno —dijo Milo, sacando una tarjeta de su bolsillo—. ¿Cuánto es?

—Cuatro créditos cada uno.

—¿Cuatro créditos? ¡Un poco caro!

—Compra dos y llévate uno de regalo —sugirió el alienígena, sacando dos latas más de su bolsa.

Un insecto aterrizó en la nariz de Milo.

—Está bien, trato hecho.

—Me gusta hacer negocios contigo, ¿sí? —dijo el alienígena, entregando las latas para que Milo las metiera en una bolsa de cuero—. No os olvidéis: si necesitáis más, gritad mi nombre y vendré corriendo.

—¿Tu nombre? —preguntó Lina.

—Nazgorigan —respondió el alienígena; sus labios dibujaron una sonrisa de repulsivos dientes amarillos—. Como pone en la lata. Chao.

Y dicho esto, Nazgorigan se marchó, planeando hacia otros clientes potenciales.

Milo agitó la lata y roció el contenido a su alrededor, y al momento notó que se asfixiaba.

—¡Puf! —dijo Milo mientras se tapaba la boca—. Es horrible.

Lina se dio la vuelta, intentando no reír.

—Hueles peor de lo normal. ¿Y se supone que esa cosa mantiene a los bichos alejados?

En realidad, un enjambre de insectos pululaba alrededor de Milo.

—Démelo —dijo CR-8R, cogiendo la lata de las manos de Milo con uno de sus brazos manipuladores—. Rociaré un poco en mi sensor y…

El droide emitió una serie de pitidos mientras analizaba la muestra.

—Lo que pensaba —dijo finalmente—. Se ha rociado con agua estancada, probablemente del sistema de canales.

—¿Qué? —balbuceó Milo—. ¡Me ha estafado!

—Le dije que esos jablogianos son mentirosos. Si me hubiera dejado seguir, habría añadido que no son de fiar, que son inmorales y unos criminales sin escrúpulos.

Nazgorigan ya se encontraba a la mitad del puerto espacial… ¡rociándose con lo que obviamente era una lata de repelente para insectos de verdad!

—Siempre vamos a los mejores sitios —gimió Milo, subiendo por la rampa del *Ave*—. Voy a lavarme.

—Siempre hay una primera vez para todo —bromeó Lina—. Y, mientras lo haces, voy a planear nuestro próximo paso…

CAPÍTULO 5

CIUDAD THUNE

—Todavía apesto —se lamentó Milo, secándose el pelo mientras entraba en la cabina del *Ave Susurro.*

—Sin comentarios —contestó su hermana, que tenía la cabeza metida en el mecanismo de una pequeña mesa de hologramas.

—¿Qué haces?

—Unos pequeños ajustes. Cráter no deja que me acerque de nuevo al generador. Dice que es demasiado peligroso para un simple humano.

—Cierto —dijo la apagada voz de CR-8R desde la sala de máquinas.

Milo ignoró al droide.

—Así que has decidido pagar tus frustraciones con la mesa de hologramas.

Lina volvió a colocar el panel de acceso de la mesa.

—Voy a contactar con Dil y no quiero que nadie lo escuche. He modificado el transmisor para que la señal no pueda ser rastreada.

—Ingenioso.

Lina sonrió con suficiencia.

—Lo sé.

Milo tiró su toalla mojada sobre una silla cercana y ésta cayó sobre el dormido Morq. El mono-lagarto se despertó con un chillido.

Hacía muchos años que los niños no veían a Dil Pexton. El alienígena era el agente de mamá y papá en Thune, un sullustano que ayudaba a los Graf a vender los holomapas y datos que recopilaban durante sus exploraciones en el Espacio Salvaje. Era amigo de la familia desde antes de que Lina y Milo nacieran. Si alguien podía ayudarles a localizar a sus padres, era Dil.

—¿A qué estás esperando, genio? —dijo Milo—. Llámale.

Lina tecleó un código, lo envió y esperó la respuesta de Dil. Sorprendentemente, el sullustano contestó al instante, y un brillante holograma de su cara apareció flotando sobre la mesa.

—*Lina. ¡Milo!* —dijo el alienígena, abriendo sus grandes ojos negros. Como todos los de su raza, Dil Pexton tenía la cabeza ahuevada, orejas enormes y gruesos carrillos a ambos lados de la boca que se bamboleaban cuando hablaba—. *Gracias a la Madre Guarida que estáis vivos. Estaba muy preocupado. Vuestro padre no responde mis mensajes.*



—Mamá y papá han sido capturados, Dil —dijo Lina al holograma—. Por el Imperio.

—*¿Que han sido qué?*

Lina le explicó todo lo ocurrido, desde que habían encontrado el campamento vacío y descubierto la grabación de sus padres siendo capturados.

Cuando hubo terminado, Dil frunció el ceño.

—*Ese oficial imperial, ¿era el capitán Korda?*

El nombre provocó un escalofrío en Milo. Korda había irrumpido en el planeta pantanoso que ellos estaban explorando, para exigir a sus padres que le entregaran todos los datos. Era aterrador, un monstruo con una horrible mandíbula metálica.

Lina asintió.

—Pero creemos que mamá no le dio todo lo que él quería: antes de ser arrestada nos envió archivos encriptados.

—¿Qué clase de archivos?

—No lo sabemos todavía, estamos trabajando en su descodificación.

—¡No! —espetó Dil—. *Podría ser peligroso. Dádmelos a mí. Les echaré un vistazo y veré qué son.*

—Lo que en realidad queremos es encontrar a mamá y a papá. Creemos que los han llevado a los Mundos Centrales. ¿Crees que puedes averiguarlo?

—No debería de ser demasiado difícil —sopesó Dil—. *Conozco a unas cuantas personas del ejército Imperial. Podría pedir algún favor. ¿Dónde estáis?*

—En Thune —contestó Lina.

Dil abrió la boca sorprendido.

—¿Estáis aquí? Oh, eso es una muy buena noticia. Venid a verme y veré qué puedo hacer. Mirad, os envío mi localización.

La mesa de hologramas produjo un pitido y un mapa apareció en la pequeña pantalla sobre la superficie.

—La tenemos —le dijo Lina.

—Buena chica. Sigue el punto rojo. —El sullustano suspiró—. *Siento mucho todo esto, niños.*

—No es culpa tuya, Dil.

—Sí lo es, Lina: yo envié a los Imperiales a ver a tus padres. Creí que sería un buen trato para ellos, para todos nosotros. Debería habérmelo imaginado. Había algo en Korda que no me gustó desde el primer momento.

—Tampoco se puede decir que a mí me caiga muy bien —admitió Milo.

Dil ofreció una sonrisa reconfortante.

—Les encontraremos, Milo: lo prometo. Tú recuerda…

El holograma parpadeó y la cara de Dil se quedó estática.

Lina revisó los controles, tratando de despejar las interferencias.

—¿Dil? Dil, ¿me escuchas?

La imagen de su amigo permaneció congelada un segundo antes de desvanecerse. El holoproyector se había apagado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Milo.

Lina revisó de nuevo los controles.

—Hemos perdido la señal. Lo llamaré de nuevo.

Esta vez no hubo respuesta.

—¿Le pasa algo al transmisor?

—Probablemente. Cráter, ¿le has hecho algo al transmisor de comunicaciones?

El droide bajó flotando de la sala de máquinas.

—Creo que no. Hay un verdadero desastre ahí arriba. Podré volver a hacer funcionar el *Ave Susurro*, pero necesitaré tiempo.

—En ese caso, iré a ver a Dil —dijo Milo mientras Morq saltaba sobre su hombro.

—¿Tú? —dijo Lina.

—Pues sí. Tú puedes ayudar a Cráter.

—Estoy bastante capacitado para reparar la nave yo solo, muchas gracias —respondió el droide.

—Milo, no puedes ir solo —advirtió Lina—. No es seguro.

—Todo irá bien. Morq vendrá conmigo; ¿a que sí, chico?

El mono-lagarto sacó pecho, intentando parecer valiente, y asintió.

—No, iré yo —insistió Lina.

—¡Lina!

—Sin discusiones, enano. Hasta que encontremos a mamá y a papá, tengo que cuidar de ti. Nunca me perdonarían si te pasara algo.

—No me pasará nada —protestó Milo—. Iremos directos a la oficina de Dil, lo prometo.

—Siempre te estás perdiendo —apuntó Lina—. Iré yo y punto. Cráter, encárgate de las reparaciones. Hablaré con Dil y te contaré lo que diga.

Milo se cruzó de brazos, malhumorado.

—¿Y qué pasa con los archivos?

—Cráter puede enviarlos más tarde.

—No creo que sea una buena idea —advirtió el droide—: podrían interceptarlos los espías del Imperio.

—Entonces te enviaré a ti. Sea como sea, tú te quedas aquí, Milo.

Se giró para marcharse y Morq saltó del hombro de Milo para aterrizar sobre la espalda de Lina. Ella rio.

—¿Tú también te vienes, chico?

El mono-lagarto dio un grito de excitación.

—Traidor —murmuró Milo.

—Probablemente tiene que ver con que Dil siempre le da un montón de golosinas. —El animal cerró la boca y pió de felicidad—. Bien, ¿todo el mundo sabe lo que tiene que hacer?

—Sí —se quejó Milo—. ¡Absolutamente nada!

—No se preocupe, señor Milo —dijo el droide—. Puede verme trabajar, si se queda quieto y en silencio. Quizá aprenda algunas cosas.

—Lo dudo —gruñó Milo al ver a su hermana salir de la cabina.

CAPÍTULO 6

DIL PEXTON

Lina se alegró de tener a Morq a su lado mientras caminaba por Ciudad Thune. Se había descargado el mapa de Dil en su tableta, pero intentaba no mirar demasiado la pantalla, pues no deseaba parecer una turista. Las calles estrechas corrían junto a los malolientes canales y las aceras rebosaban de alienígenas de diferentes tipos y tamaños. Lina se adentraba en la multitud y volvía a salir, lejos de las atestadas aceras del mercado y apartándose al paso de los *speeders*, que se elevaban y descendían sin tener en cuenta a los peatones.



Había ruido por todas partes, desde los botes que circulaban por los canales, escupiendo abundantes gases al ya nauseabundo aire, a las lanzaderas que rugían en lo alto. En un momento dado, un trío de cazas TIE inspeccionó la zona volando a poca altura sobre los edificios, y Lina se convenció de que los estaban buscando a ella y a su hermano.

Y en todo momento, los insectos y las moscas zumbaban a su alrededor, en busca de un delicioso aperitivo.

—Estos bichos son asquerosos —dijo, apartándolos con la mano. No se esperaba que Morq rebuscara en su bolso y sacara una lata plateada y alargada —. ¡Es el repelente de Nazgorigan! —exclamó al reconocer el tubo—. El de verdad, no esa cosa que le vendió a Milo. ¿Cómo lo has conseguido?

Morq puso cara de inocente y Lina se echó a reír.

—Eres un pequeño ladronzuelo, Morq. Aunque esta vez no me voy a quejar.

Lina cogió la lata que sostenía el mono-lagarto y se roció un poco de repelente. El efecto fue instantáneo y los insectos se apartaron.

No tardaron mucho en encontrar la dirección de Dil. Como el resto de edificios de la calle, éste era de una sucia piedra amarilla, y se alzaba tres pisos en el nublado cielo. Lina se acercó a las puertas y pulsó el timbre. Una cámara colocada sobre el porche se giró para mirarla. Se oyó una serie de pitidos y la puerta se abrió.

Morq se aferró a ella mientras cruzaban el umbral y entraban en un sucio vestíbulo. Las motas de polvo se arremolinaban en la poca luz que se colaba por las estrechas ventanas. Toda la casa olía a rancio, y manchas de musgo subían por las paredes sucias. ¿Por qué Dil trabajaba en un vertedero como aquél?

Un monitor en la pared parpadeó antes de que el rostro de Dil llenara toda la pantalla.

—Lina, me alegro de que hayas venido. Coge la plataforma hasta el piso de arriba.

Antes de que pudiera responder, la imagen desapareció. Con Morq lloriqueando de nuevo, Lina subió a la plataforma elevadora. El sonido de los engranajes chirriando los acompañó mientras ascendían por un patio de luces. La segunda planta parecía desierta, pero, en la tercera, una luz se escapaba por una puerta.

—No te preocupes, Morq —dijo Lina, saliendo del ascensor y cruzando el pequeño rellano—. Debe de ser aquí.

Abrió la puerta y se encontró en una gran habitación. El único mobiliario era un viejo y desvencijado escritorio en una esquina y un par de sillas. Mientras tanto, la unidad de aire acondicionado, de aspecto anticuado, a duras penas enfriaba la sala. Al menos, los listones de madera en las ventanas mantenían un poco a raya el agobiante calor de la calle.

—¿Hola? —dijo Lina, entrando en la habitación. Dil no estaba a la vista, hasta que una puerta se abrió y entró el alienígena, muy ajetreado.

—Lo siento, Lina; estaba cerrando un pequeño trato.

Se precipitó hacia ella y le dio un torpe abrazo. Morq saltó del hombro de Lina y corrió a la mesa de Dil.

—Ah, ya sé lo que estás buscando —rio el alienígena, acercándose al impaciente animal. Abrió uno de los cajones y sacó una pequeña bolsa—. ¿Unos escarabajos-pinza secos?

Morq cogió la bolsa de las rollizas manos de Dil, se abalanzó sobre ella y se metió en la boca un insecto de caparazón morado, que hizo crujir con el pico. Lina hizo una mueca.

—Oh, están deliciosos —dijo Dil, ofreciéndole una de las sillas—. Saben como los pez colo claw. ¡Deberías probar uno!

—No, gracias —respondió Lina, sentándose—. No tengo hambre.

Dil se inclinó hacia delante en su escritorio.

—No pasa nada. Siento lo de tus padres, Lina. —Dil echó un vistazo en dirección al pasillo—. ¿No ha venido Milo contigo?

—Está con Cráter. Ya conoces a Milo: se pierde en cuanto se levanta de la cama.

Dil rio, al tiempo que activaba el ordenador de su escritorio.

—Lo que no logro entender es cómo conseguisteis burlar las defensas planetarias. Si pensaban que el *Ave Susurro* estaba destruida…

—Fue Cráter: transmitió un código de identificación falso, anulando el IAE.

—Pero ¿cómo podía tener…? —La voz de Dil se fue apagando, hasta que sus ojos se abrieron de par en par—. Claro.

—¿Qué?

—Hace un par de años, hice un trato con un contrabandista trandoshano. Tu padre estaba furioso, pero como pago recibí un montón de identificaciones falsas. Se las envié a Auric, sólo por si acaso.

—¡Y estaban en los datos que mamá envió a Cráter! —entendió Lina.

Dil asintió.

—Si estaba a punto de entregar los archivos a Korda, lo último que querría era que encontrara un montón de códigos IAE poco fiables.

—El registro de Cráter debe de haberlos activado.

—Le dije a tu padre que serían de ayuda. —Dil miró la pantalla de su ordenador—. Veamos, he hecho algunas indagaciones y me temo que nadie sabe nada de tus padres.

Lina dejó caer los hombros. Ella que creía que Dil podría ayudarlos… El alienígena percibió su gesto e intentó animarla.

—No te desanimes: acabo de empezar. Además, cuando me des el resto de esos archivos, estoy seguro de que llegaremos a algún lugar.

Lina arrugó las cejas.

—¿Los archivos? ¿Qué tienen que ver?

Dil echó un vistazo a la puerta corredera antes de mirarla a ella de nuevo.

—Pues son importantes. El Espacio Salvaje se está convirtiendo en una propiedad muy atractiva. —Le tendió la mano—. ¿Están en esa tableta?

Lina bajó la mirada hacia la tableta en su regazo y negó con la cabeza.

—No, no los he traído.

—¿No? —espetó Dil un poco airado—. Te dije que los necesitaba.

—Cráter sigue trabajando en ellos.

—¿Tu droide? ¿Qué tiene que ver él en esto?

—Le dije que te los enviara después —dijo Lina, y Dil golpeó la mesa, provocando que Morq saltara sobre el regazo de la niña. Los escarabajos quedaron desperdigados por la mesa y el suelo.

—Eso no me sirve —dijo Dil con voz repentinamente áspera—. Los necesito ahora.

El sudor empezaba a caer por las mejillas del alienígena.

Morq escaló por el hombro de Lina para esconderse tras su cabeza.

—Dil, no hay necesidad de gritar —dijo ella—. Estás asustando a Morq.

El representante presionó un botón sobre el escritorio y se activó un holoproyec-tor.

—¿Los tiene Milo? Contacta con él ahora. Dile que los envíe o, mejor aún, que venga él mismo.

Lina se levantó.

—Y ahora me estás asustando a mí. Lo mejor será que volvamos más tarde.

Dil se puso en pie, lanzando su silla contra la pared.

—No —exclamó—. Tenéis que quedaros.

Agarrando su tableta, Lina retrocedió hacia la salida.

—Lo dicho: investiga sobre mamá y papá y nosotros te enviaremos los archivos en cuanto Cráter haya acabado con ellos.

—Me temo que no puedo permitir eso —dijo una profunda voz a su derecha.

Lina se volvió y vio una silueta dibujada en la puerta lateral. Llevaba un uniforme de color verde oliva y la fulminaba con la mirada bajo la visera de un sombrero. Lo peor de todo era su sonrisa, que mostraba los dientes metálicos de su mandíbula robótica.



—Hola, Lina —gruñó el capitán Korda del ejército Imperial—. Es un placer conocerte al fin. Tu madre me ha hablado mucho de ti.

Lina miró a Dil incrédula.

—¿Cómo has podido?

El traidor no apartó la mirada del escritorio mientras sacudía la cabeza.

—Lo siento —murmuró débilmente, pero Lina no se quedó a escuchar nada más. Se dio la vuelta, dispuesta a correr de nuevo hacia el pasillo, pero una pareja de soldados de asalto le bloquearon el paso. Sus blásters la apuntaron, listos para disparar.

Morq gritó aterrado y saltó en dirección a la ventana desde los hombros de Lina. Uno de los soldados se giró y disparó su bláster, que retumbó como un trueno en la pequeña oficina de Dil. Morq esquivó el disparo, que impactó contra la ventana, y se lanzó contra las persianas escapando por la ventana abierta. El soldado hizo ademán de ir tras él, pero fue detenido por la mano enguantada de Korda.

—El animal no es importante —dijo el capitán arrastrando las palabras—. Lo único que quiero son los archivos.

Avanzó hacia Lina mientras ella retrocedía.

—Ella no los tiene —se apresuró a decir Dil—. No, no le hagas daño.

La cabeza del capitán se volvió en dirección al sullustano.

—¿Hacerle daño? Por Coruscant, ¿por qué querría hacer eso?

—¡No puedo creer que nos hayas vendido! —espetó Lina a Dil—. Te conocemos desde que éramos bebés.

Dil seguía sin levantar la mirada.

—Me amenazaron, Lina. Estaba asustado. Hi… hice cosas en el pasado de las que no me siento orgulloso, antes de conocer a tus padres. Tus padres me enderezaron, pero…

—Pero sus antiguos crímenes han vuelto para atormentarle —le interrumpió Korda—. Era una decisión muy sencilla: traicionaros o pasar el resto de sus días en una mina de carbonita de un campo de prisioneros de Kalaan. No seas muy dura con él: tardó dos segundos enteros en decidirse.

Korda dio un paso hacia Lina, que retrocedió hasta golpearse con la cabeza en la pared. No tenía escapatoria.

El capitán se inclinó hacia ella.

—Te aseguro que no hay nada que temer. Como les dije a tus padres, el Imperio desea llevar la paz y el orden al Espacio Salvaje. Para hacerlo, necesitamos sus mapas. Es realmente sencillo.

—Entonces, ¿por qué los arrestaste? —dejó escapar Lina.

La sonrisa de depredador se evaporó de la cara de Korda.

—Tu madre sólo me dio una parte de los datos: mapas de rocas inútiles. Pensé que Prexton debía de tener el resto. Qué suerte que sigáis vivos. Confío en que querréis seguir estándolo.

Tras él, Dil avanzó un paso con la intención de ayudar a Lina.

—Capitán, por favor. Es sólo una niña.

Korda hizo callar al sullustano con una sola mirada.

—Es una criminal, como tú.

Lina gimió cuando Korda utilizó una de sus manos para levantarle la barbilla, obligándola a mirar fijamente sus helados ojos azules.

—Dime, ¿dónde están esos mapas?

CAPÍTULO 7



UN MENSAJE NO DESEADO

Lina le había dicho a Milo que no saliera de la nave, así que, por supuesto, él hizo exactamente lo que ella le había prohibido: no iba a permitir que le diera órdenes. Sí, ella era mayor, pero sólo un año. No era mamá o papá.

Sentirse tan inútil no ayudaba. Antes, cuando el generador falló, Lina había salido al espacio exterior hasta hacer funcionar el motor de nuevo. Ni siquiera le había dejado pilotar la nave.

Siempre lo mismo: Milo se meterá en un lío, Milo se va a hacer daño…

¡Bueno, pues Milo no estaba dispuesto a seguir haciendo caso!

Sentado junto al canal, tiró de la cuerda que había echado por el borde. Al final de dicha cuerda, Milo había colocado una trampa para insectos: un frasco con un muelle en la tapa. Una extraña criatura se arrastraba por el cuello. Tenía alas multicolores como una libélula gorsiana, pero el cuerpo hinchado de un reptil viscoso.

—Eso es —susurró Milo, convenciendo a la bestia—. Entra en el tarro. Encuentra tu dulce recompensa.

Había extendido pasta de azúcar por el fondo del frasco para ver qué podía atrapar, y éste era el mejor ejemplar por el momento. De todos los insectos que pululaban por el espeso aire de Thune, éstos eran los más fascinantes, con verrugas palpitantes en el lomo que emitían un resplandor azul verdoso mientras volaban alrededor del agua turbia.

El curioso bicho vaciló y, finalmente, se precipitó al interior, arrastrándose por el cuello del frasco. Milo sacudió la muñeca, y la tapa se cerró y atrapó aquella especie de sapo volador. El niño alzó su trofeo, sujetándolo con ambas manos, y miró a través del cristal transpirable.

—Oh, eres precioso —comentó con un sonrisa mientras la criatura revoloteaba en su prisión temporal. Sus verrugas se oscurecieron por la ira hasta volverse de un morado oscuro.

Lina podía quedarse con sus motores y sus máquinas; sin duda, él prefería las criaturas vivas a los cascos de acero y los conductos de energía defectuosos.



Se levantó de un salto y echó a correr de nuevo hacia el puerto espacial, esquivando otro gran insecto que pasó muy cerca de su cabeza. No, no era otro tipo de insecto: era otra mosca-sapo.

Entonces llegó otra, y otra, y cayeron en picado sobre él mientras intentaba llegar a la nave. En el tarro, la criatura atrapada croó, mientras golpeaba el cristal con su larga lengua.

—¿Tus amigos? —preguntó Milo, a la vez que alcanzaba el *Ave Susurro* y la rampa de acceso, que bajaba automáticamente.

Una vez en el interior, Milo colocó el tarro en el escáner de muestras de la bodega principal. Su padre lo usaba para analizar los nuevos descubrimientos

durante las expediciones. Milo sintió una punzada de tristeza al imaginar lo mucho que le habría gustado a Auric Graf ver el insecto.

Aun así, se dijo mientras trabajaba en los controles, tendría algo que contar a sus padres cuando el *Ave Susurro* finalmente diera con ellos. El escáner zumbó, bañando el tarro con una luz verde.

—No te preocupes, pequeñín —dijo Milo al insecto—. Te dejaré ir pronto.

Una copia holográfica de la mosca-sapo apareció junto al tarro, trazando cada parte del cuerpo de la criatura desde su esqueleto hasta los sacos de veneno que almacenaba en sus mejillas.

Tras él, Cráter descendió de la sala de máquinas.

—Ahí está, señor Milo. ¡Creí que la señorita Lina le había dicho que no se marchara!

—La señorita Lina dice muchas cosas —dijo Milo, entusiasmado por enseñar a CR-8R lo que había encontrado—. Mira.

El droide se inclinó para escudriñar el interior del frasco.

—¡Qué buen ejemplar! —exclamó—. Una verruga-avispón thuniana.

Milo se desanimó de repente.

—¿Sabes algo sobre ellos?

—Oh sí —respondió el droide—. Son bastante comunes por estos lugares, y muy feroces también. Tiene usted suerte de que no le haya lamido.

—¿Lamido?

—Su lengua está cubierta de veneno. Un simple toque y se hubiese hinchado como un globo. Muy desagradable.

Milo suspiró.

—Pensaba que había capturado un ejemplar raro.

—Le contaré todo sobre ellos más tarde —le prometió el droide—. Su padre realizó un estudio hace tres años. Pero, antes, ¿sabe algo de su hermana? He recalibrado el generador principal y he hecho un diagnóstico completo de los sistemas del *Ave Susurro.* Todo está en orden.

—¿Así que podemos despegar de nuevo?

—¡En cuanto tengamos noticias de Dil Pexton, sí!

Se oyeron ruidos en el pasillo y, de repente, Morq apareció corriendo y chillando cuanto podía.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa?

—¿Qué ha hecho ahora este repulsivo bicho enano? —preguntó CR-8R. El droide y el mono-lagarto no se tenían demasiado cariño.

—Está temblando —dijo Milo, tratando de apartar a la aterrorizada mascota de su pecho—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Lina?

Una luz empezó a parpadear sobre la mesa de hologramas.

—Señor Milo —dijo CR-8R, señalando la alerta.

—Quizá sea Dil —dijo Milo, corriendo a través de la bodega para comprobar los datos. Sí, la señal se estaba transmitiendo desde la oficina de Dil.

—Déjeme a mí —insistió CR-8R, planeando hacia la mesa; pero Milo no estaba dispuesto a que le volvieran a decir lo que tenía que hacer. Se sentó antes de que CR-8R llegara y pulsó un botón para contestar la llamada.

El holoproyector cobró vida y una imagen apareció sobre la superficie, pero no era Dil Pexton, ni siquiera Lina.

Era el capitán Korda.

Morq gritó asustado y se escabulló pared arriba para esconderse en un rincón del techo.

—Milo Graf, supongo —gruñó el oficial imperial, con su oscura voz metálica—. *Bienvenido a Thune.*

Milo no sabía qué hacer. ¿Debía apagar el holoproyector? ¿Debía correr a esconderse? En lugar de eso, optó por preguntar lo único que le vino a la cabeza:

—¿Qué has hecho con mi hermana?

Korda rio irónicamente.

—Un chico inteligente. Me gusta que vayas al grano. No tienes de qué preocuparte: tu hermana está a salvo. Me recuerda a tu madre.

Con un grito lleno de rabia, Milo se levantó de un salto, lanzándose hacia la cabeza holográfica. Pero sólo la atravesó, y la imagen se distorsionó por un segundo antes de que los rasgos burlones de Korda se reajustaran.

—Deberías solicitar el acceso a la Academia Imperial. Podríamos hacer buen uso de toda esa energía.

—Nunca trabajaré para el Imperio —espetó Milo.

—Todo el mundo trabaja para el Imperio tarde o temprano. Ya hablaremos de tu futuro cuando nos reunamos. Porque nos reuniremos si quieres volver a ver a Lina.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Milo, pero no tenía intención de llorar delante de aquel ser despreciable.

—Por supuesto que sí.

La sonrisa de Korda desapareció:

—Entonces, envíame tus coordenadas. Debo decir que estoy impresionado: mis hombres no han sido capaces de desencriptar vuestro canal de hologramas y Lina mantiene la boca cerrada. Por ahora.

—Yo iré donde estés —dijo Milo, intentando parecer lo más sereno posible.

—Señor Milo, no… —empezó a decir CR-8R, pero Milo lo silenció levantando la mano.

—Quieres los datos, ¿no? —preguntó Milo.

El busto de Korda asintió.

—Inteligente y perspicaz.

—Un lugar público, entonces —dijo Milo—. Sin guardias. Lleva a Lina y yo llevaré los archivos.

El oficial rio de nuevo.

—Creo que alguien ha estado viendo demasiados holodramas, pero, si es lo que deseas… ¿Qué te parece el Puente de Comercio? ¿Lo conoces?

—Lo encontraré.

—Tienes treinta minutos. Si no estás allí, tu hermana pagará por ello.

—¡No le hagas daño!

—No se lo he hecho todavía, pero puedo y lo haré. Es una promesa, no una amenaza. El Puente de Comercio. Espero que estés allí.

La señal se cortó y la imagen de Korda se desvaneció.

Milo volvió a sentarse y las lágrimas comenzaron a fluir. Con un gemido lastimero, Morq bajó de la pared y envolvió al chico con sus brazos, estrechándolo con fuerza.

—Deberíamos llamar a las autoridades y denunciar a ese hombre horrible —dijo CR-8R, yendo de un lado a otro de la bodega.

—Te recuerdo que Korda es la autoridad —resopló Milo, devolviendo el abrazo a Morq.

—Entonces, ¿qué? ¡No podemos enfrentarnos a él solos!

Milo miró la verruga-avispón, que graznaba furiosamente en el tarro de muestras.

—Tal vez no sea necesario. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano —. ¿Dónde está el Puente de Comercio?

CR-8R se acercó flotando y se conectó a la mesa de hologramas. Un mapa tridimensional de Ciudad Thune apareció en el aire, y se amplió hasta mostrar un gran puente que cruzaba el canal. Estaba lleno de puestos de mercado y comerciantes.

—Aquí está —dijo el droide—. Una de las mayores arterias de la ciudad.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar allí? —preguntó Milo.

—Diez minutos, más o menos; pero ¿cree que podemos confiar en Korda? ¿No habrá enviado ya a sus hombres para capturarnos?

—No saben que el *Ave Susurro* sobrevivió a la explosión en el planeta pantanoso, y obviamente Lina no les ha dicho nada. Según tus códigos falsos, esto es la *Tormenta Estelar Uno,* ¿recuerdas?

—Aun así, ahora que saben que ustedes están vivos…

Milo interrumpió al ansioso androide.

—Las verrugas-avispón: han intentado atacarme cuando he atrapado a una de ellas.

—Pues sí —contestó CR-8R, confundido 9B por el repentino camuio de tema—. Probablemente intentaban proteger a uno de los suyos.

—Pero ¿cómo sabían que estaba en peligro?

—Ahora no es el momento para clases de biología, señor Milo. Su hermana…

Milo se puso en pie y Morq saltó al asiento de al lado.

—Vamos, Cráter. Te encantan las lecciones. Además, si vamos a rescatar a Lina, ahora es exactamente el momento.

CAPÍTULO 8

DESPEJAR EL PUENTE

El Puente de Comercio estaba tan concurrido como había dicho CR-8R. Milo estaba de pie en el centro, intentando que no le entrara el pánico. Los alienígenas llegaban de todos los rincones, sudando a causa del calor. El viejo puente era amplio y los puestos se extendían alo largo de la estructura. Los adoquines se desmenuzaban bajo sus pies, desgastados por los miles de seres que los habían pisado a lo largo de siglos. Junto a Milo, CR-8R movía sus brazos manipuladores mientras se quejaba.

—Esto es una mala idea. Muy mala idea.

—Venir a este planeta fue una mala idea, ¡pero no te oí protestar al respecto! —contestó Milo bruscamente. Morq estaba sentado sobre sus hombros, temblando, pero no dudó en alejarse en cuanto vio un puesto de venta de grandes rakmelones naranjas.

Milo dio vueltas en círculo, buscando entre la multitud alguna señal de Lina. Entonces sus ojos se encontraron. Ella estaba de pie, mirándolo fijamente con el cuerpo rígido a causa del miedo.

—Allí está —dijo Milo, apartando a los alienígenas que se interponían entre los dos—. ¡Lina!

—¡Señor Milo, espere!

CR-8R intentó detenerlo, pero no lo consiguió. El droide quedó bloqueado por un gran monstruo peludo que parecía un cruce entre una Hutt y una wookiee con un mal día.

—Permítame, señora —imploró, pero la alienígena ni siquiera se percató de su presencia.

Delante, la multitud se apartó, dejando a Dil Pexton a la vista. Estaba de pie, entristecido junto a Lina. El agente sujetaba el brazo de Lina con fuerza.

Pero, si Dil estaba aquí, ¿dónde estaba Korda?

Dil llevaba a Lina hacia Milo, pero ella se zafó y echó a correr. Agarró a su hermano y se acercó a él, susurrando:

—No confíes en él —le confió al oído.

—Milo —dijo Dil, intentando parecer jovial—. Me alegro de verte, chico.

Milo cogió la mano de su hermana y fulminó con la mirada al sullustano.

—¿Qué has hecho?

Las orejas de Dil se tornaron rosas; levantó las manos.

—Mira, no tuve elección.

—Claro que la tuviste —le reprochó Lina, agarrando la mano de Milo con más fuerza—. Eres el mejor amigo de mamá y papá.

—Y estoy intentando ayudarles —insistió Dil.

—¿Traicionándonos?

Dil frunció el ceño y agravó el tono.

—No tenéis ni idea de lo que está pasando aquí. Esto es la vida real, no un paseo con mamá y papá para vivir pequeñas aventuras. Estas personas hablan muy en serio. Si no haces lo que ordenan, te matan, o algo peor.

—¿Qué puede ser peor? —preguntó Milo.

—No quieras saberlo. Korda podría encerrarme para siempre, pero no voy a dejar que eso pase, así que sed inteligentes: dadme los archivos y os soltarán.

Lina rio débilmente.

—¿En serio te lo crees?

—No importa lo que crea, sólo importan los archivos. Los tenéis, ¿verdad?

Milo levantó la barbilla, esperando que el agente que les había traicionado no se diera cuenta de lo asustado que estaba.

—No, no los tengo.

—Pequeño estúpido… —empezó a decir Dil, antes de coger a Milo del brazo y atraerlo hacia sí—. ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

—Suéltame —gritó Milo, intentando liberarse de Dil. Alrededor de ellos, los transeúntes ignoraban la pelea, evitando meterse en problemas.

—Me he jugado el cuello por vosotros. Korda quería venir con blásters, pero le dije que no, que me dejara venir solo. Milo es un chico listo, le he dicho; no hará ninguna estupidez.

—Siento haberte decepcionado.

Dil apretó con más fuerza.

—¿Dónde están? ¿Quién los tiene?

—Suelte al chico inmediatamente —dijo una voz desde atrás. Milo se retorció en las garras de Dil y vio a CR-8R corriendo hacia ellos, despejando el camino con sus brazos manipuladores.

Dil suspiró.

—¿O qué? ¿Me aburrirás hasta la muerte?

—O yo… —El droide dudó, antes de repetir—. O, yo… Vale, no sé exactamente lo que haré, pero no será muy agradable, se lo puedo asegurar.

Dil negó con la cabeza.

—Patético.

Pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra, una voz se alzó por encima del ruido de la multitud.

—Se acabó el tiempo, Pexton.

Dil dio un respingo y miró a su alrededor.

—¡Oh, no!

—Despejad el puente —ordenó la voz.

De repente se oyó el ruido de los blásters y los rayos de energía surcando el aire. Hubo gritos y llamadas de auxilio mientras la multitud huía en busca de refugio. Las compras caían al suelo, mientras los alienígenas prácticamente se subían unos encima de los otros para escapar; la hembra peluda estuvo a punto de arrollar a CR-8R en su aterrorizada huida. Milo se volvió hacia su hermana.

—¡Vamos, ahora!

—Ni se te ocurra —dijo burlándose Dil, mientras sacaba un pequeño bláster de su cinturón. Apuntó directamente a Milo.

—No puedes dispararnos —respondió Milo, aunque no estaba tan seguro de que eso fuese verdad.

—No me obligues a comprobarlo —advirtió Dil.

El puente ya estaba prácticamente desierto, y Milo, Lina y CR-8R se encontraban en el centro, con Pexton. Morq estaba sentado en un puesto cercano, con la boca llena de pulpa de rakmelón y escupiendo pepitas. Sólo cuando alzó la mirada y se dio cuenta de que todo el mundo se había ido, saltó sobre los adoquines y corrió hacia los niños.

En el otro extremo del puente, flanqueado por una fila de soldados de asalto armados, se encontraba el capitán Korda. Otra fila similar de soldados bloqueábala otra salida. No había escapatoria.

Por si fuese poco, los tres cazas TIE rugían sobre sus cabezas, controlando la ciudad.

Korda empezó a caminar hacia los niños, con las manos tras la espalda. Las dos filas de soldados de asalto también comenzaron a seguirle, en formación y con los blásters preparados.

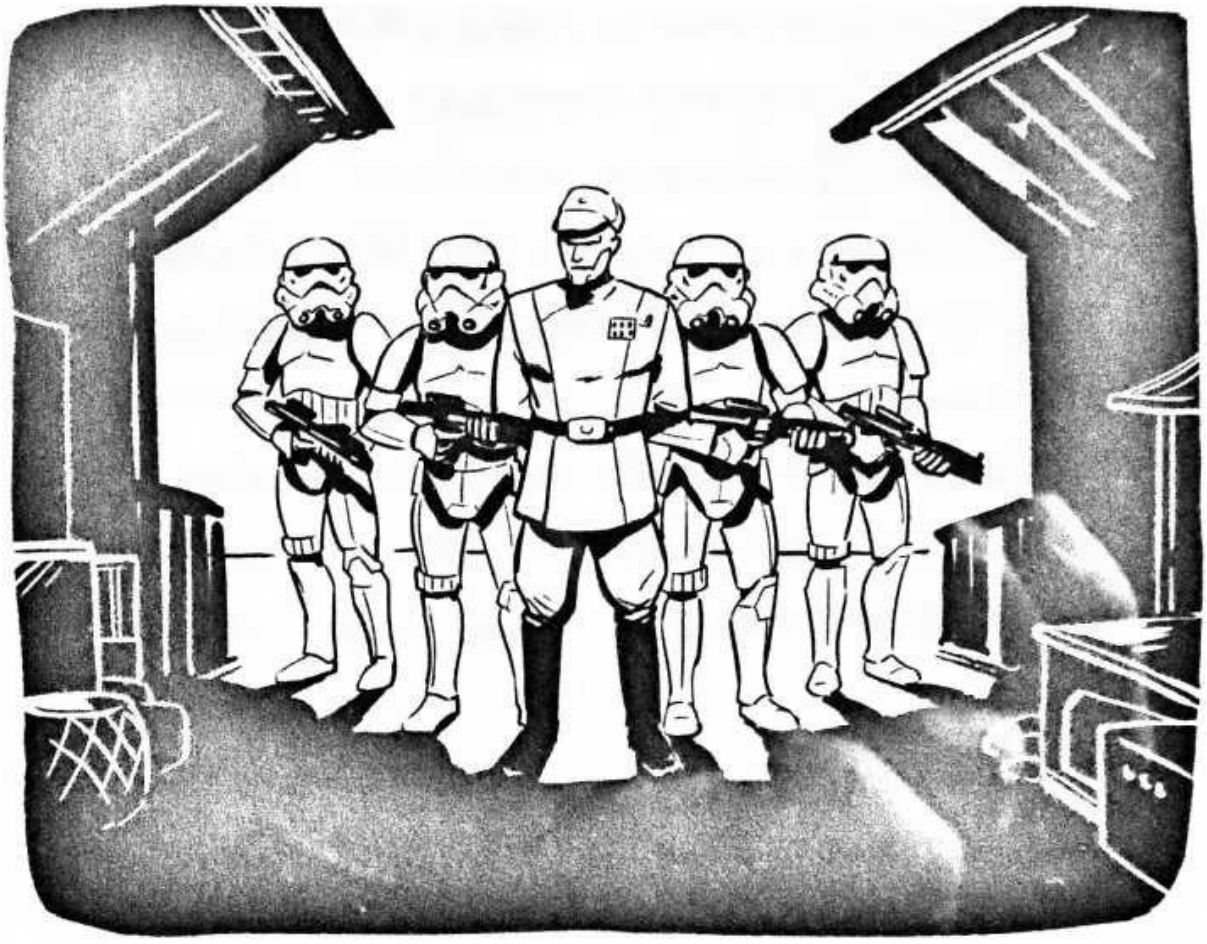
Dil se acercó a Milo arrastrando las piernas.

—No discutas con él —susurró—. Sea lo que sea lo que te pida, dáselo, por lo que más quieras.

—Milo Graf —dijo mientras se aproximaba—. El chico inteligente y su valiente hermana. Oh, en la Academia estarán encantados con vosotros. ¿Escuela de soldados de asalto, quizá? A lo mejor tenéis potencial para ser oficiales. ¿Os gustaría? ¿Con un uniforme como el mío?

Milo no contestó, sino que se limitó a seguir sujetando la mano de su hermana.

—Tal vez conozcáis al Emperador en persona, quizá lleguéis a lo más alto. Un chico inteligente como tú. No hay nada que no puedas hacer. Tu hermana también. Tan segura de sí misma. Tan tenaz. Pocas personas mantienen la compostura cuando las interrogo.



Se detuvo frente a ellos, con los soldados en posición, colocados a ambos lados.

Milo intentó actuar como si no le importara. Tenía una pregunta para el capitán:

—¿Qué has hecho con nuestros padres?

Korda sonrió.

—¿Qué has hecho tú con mis archivos?

—¿Por qué os los deberíamos entregar?

Su sonrisa se desvaneció.

—Porque si no lo haces, mis hombres empezarán a disparar. Podríamos empezar con vuestro droide.

El soldado de asalto más cercano alzó su fusil, apuntando a CR-8R. El robot produjo un gemido electrónico y levantó sus seis brazos.

—Espera —dijo Dil, avanzando—. Conozco bien a Auric y a Rhyssa, y diría que han escondido los archivos en ese droide. No parece gran cosa, pero a ellos les encanta ese viejo cacharro.

—¿Viejo? —protestó CR-8R, a pesar de su evidente miedo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Korda, dirigiéndose a Milo y Lina—. ¿Los archivos están en el droide?

Ninguno respondió, pero eso no perturbó al capitán imperial.

—Muy bien —dijo—. Desmantelaremos su memoria, por si acaso. Gracias, Pexton. Lo has hecho muy bien. —Se volvió hacia el soldado de asalto—. Arréstale.

—¿Qué? —gritó Dil—. ¡No puedes! ¡He hecho lo que me dijiste! ¡Todo!

—Yo puedo hacer lo que quiera —rugió Korda—. ¡Por tu bien, suelta el arma!

Dil suspiró y, por un momento, Milo pensó que iba a lanzar su bláster al suelo. Entonces, a la desesperada, levantó de nuevo el arma y apuntó directamente a Korda.

No llegó a apretar el gatillo: un anillo de energía azul, procedente del rifle del soldado, impactó en los pies de Dil, que cayó al suelo totalmente paralizado.

Milo no pudo evitar soltar un gemido. Por mucho que lo disimulara, estaba aterrado.

—El alienígena está aturdido —les informó Korda—. Nada más. Le espera toda una vida en una mina. ¿Y a vosotros? —Korda los observó con una mirada insoportable—. Es vuestra última oportunidad. ¡Dadme los archivos! ¡Ahora!

Milo tragó saliva.

—De acuerdo —dijo.

—¡Milo! —replicó Lina, agarrándole la mano—. No puedes dárselos.

—Estoy de acuerdo —añadió CR-8R—. ¡Sobre todo, teniendo en cuenta que están en mi cabeza!

—Tú eres más importante, hermanita —dijo Milo, sonriendo con tristeza a Lina antes de volverse hacia el capitán Korda—. Si tanto deseas esos archivos, te los daremos. ¡Cráter, transmítelos ya!

CAPÍTULO 9

ENJAMBRE

Lo que pasó a continuación no era lo que Lina esperaba. Tras ellos, CR-8R emitió un pitido muy agudo, que Lina nunca le había escuchado.

—¿Qué está haciendo? —espetó Korda, con la cara retorcida de dolor.

Lina se tapó las orejas con las manos para protegerse del sonido, pero no funcionaba. Sentía como si su cabeza estuviera a punto de explotar. Pero, al mismo tiempo, Milo sonreía y miraba fijamente al capitán imperial.

Los soldados de asalto apuntaron sus armas en dirección a CR-8R, preparados para disparar.

—¡No! —gritó Korda—. Dañaréis los archivos. —Entonces se volvió hacia Milo—. Disparad al chico. Él ya no es útil para nosotros.

Los blásters se centraron en Milo, pero antes de que pudieran disparar, otro ruido llenó el puente. Más potente. Más feroz. Los soldados de asalto miraron al cielo y vieron una nube gigante precipitándose hacia ellos.

No, no era una nube; ¡era un enjambre! Eran miles de insectos extraños volando en formación, dirigiéndose hacia el Puente de Comercio. Cada uno de ellos era tan grande como el puño de Lina.

—Verrugas-avispón —gritó Milo, por encima del ruido—. ¡Cuidado con sus lenguas! ¡Son muy venenosas!

El enjambre se abalanzó sobre ellos. En cuestión de segundos se vieron rodeados de bichos voladores. El ruido era increíble: frenéticos graznidos que silenciaban el chillido del droide. Milo y Lina se agarraron el uno al otro, mientras los soldados de asalto disparaban al aire. La energía azul proveniente de los fusiles iluminaba brevemente la oscura masa que se arremolinaba a su alrededor.

Las verrugas-avispón reaccionaron agresivamente. Asaltaron a los soldados, arañando para encontrar grietas en la armadura. Les mordieron en los codos, las axilas y detrás de las rodillas. Otras verrugas-avispón lograban escurrirse en el interior de los cascos.

Las lenguas perforaban cada vez que encontraban carne, dejando escapar su veneno y provocando gritos de los soldados. Lina vio que uno de ellos se quitaba el casco, dejando al descubierto una cara hinchada y roja. Grave error: los sapos voladores se precipitaron sobre él de inmediato.



Milo y Lina se agacharon junto a CR-8R y Morq se refugió entre ellos. Una verruga-avispón pasó zumbando junto a la cabeza de Lina, demasiado cerca.

—¡Ha funcionado! —gritó Milo, triunfante.

—¡No lo entiendo!

—Las verrugas-avispón emiten un grito de socorro cuando están siendo atacadas. Cráter lo ha imitado, cien veces más alto de lo que debería ser. Cada verruga-avispón en ocho kilómetros a la redonda ha venido para hacer frente a la amenaza.

—Pero ¿no nos atacarán a nosotros también?

—¡No, mientras nos mantengamos cerca de Cráter y él siga gritando!

Pero CR-8R se quedó en silencio.

Milo golpeó al droide en su pecho metálico.

—¿Qué haces? ¡Sigue chillando!

CR-8R sacudió su cabeza frenéticamente mientras apuntaba hacia sí mismo.

—Se le ha quemado el vocalizador —explicó Lina.

Una verruga-avispón se fijó en ellos, se acercó mostrando la lengua y alcanzó a Lina en el hombro, dejando una marca pegajosa en su túnica.

—No dejes que te toquen la piel —advirtió Milo.

—¿Cómo? —gritó Lina, y entonces tuvo una idea—. ¡Espera!

Mientras CR-8R intentaba apartar a los bichos con sus brazos manipuladores, Lina rebuscaba en su bolsa.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Milo, agachándose para esquivar un avispón.

—Buscar esto —dijo Lina, sacando un tubo cilindrico de la bolsa.

—Eso es…

—¡El repelente de insectos auténtico de Nazgorigan! —Lina roció una nube de vapor alrededor de ellos, sofocando primero a Milo y después a Morq —. Huele casi igual de mal, pero funciona.

Las verrugas-avispón se apartaron enseguida, centrándose en los apurados soldados de asalto.

—¿Cuánto tiempo dura esta cosa? —dijo Milo, asfixiándose con el espray.

—No lo sé —admitió Lina, sacudiendo la lata—. ¿Lo suficiente para escapar? ¿Cuál es el plan?

Milo parecía avergonzado.

—Sí, el plan. Yo… A ver, la verdad es que no tengo ninguno.

—¿Qué?

—He traído los avispones aquí, ¿no?

No había tiempo para discutir. Lina miró a su alrededor y, cubriéndose la cara con las manos, atravesó el enjambre hacia un lado del puente. Las verrugas-avispón se apartaron para dejarla pasar, pero algunas de ellas volaban más cerca de lo que le hubiera gustado. Tal vez el espray de Nazgorigan no durase tanto, al fin y al cabo.

Se asomó al borde y miró el canal que pasaba por debajo. Consciente de que era una posible salida, llamó a su hermano.

—Venid los tres. Por aquí, rápido.

En el centro del enjambre, el capitán Korda se puso de cuclillas, con los brazos alrededor de la cabeza. Le ardía la cara y sólo podía ver con uno de sus ojos. El dolor se apoderó de él cuando una de esas cosas voladoras aterrizó sobre su mejilla. Había intentado golpearla con una de sus manos enguantadas, pero ella fue más rápida. La mejilla se le empezó a hinchar y los ojos se le llenaron de lágrimas.

A su alrededor, todo era un caos: sus hombres disparaban al aire indiscriminadamente o caían al suelo retorciéndose de dolor. Qué inútiles. Desde siempre, Korda había sido bendecido con una alta tolerancia al dolor, más aún desde que entró en la Academia. De lo contrario, no habría podido sobrevivir a la Batalla de Maraken. Todavía llevaba su mandíbula postiza como trofeo de aquella refriega. Un droide de batalla había intentado detenerlo y lo pagó caro. Con aquellos niños no sería distinto.

Pero ¿dónde estaban?

Frente a él, un soldado de asalto agarraba su casco, intentando sacárselo de la hinchada cabeza. Korda se incorporó y tomó al soldado para usarlo como escudo: lo empujó en dirección a la nube de bichos, con el fin de despejar el camino. Fue entonces cuando vio a Milo correr hacia el borde del puente, apremiado por la chica.

No iría a…

Korda gritó que se detuvieran mientras el chico, abrazado a su mono-lagarto, saltaba del puente para sumergirse en el agua. El droide lo siguió, sobrevolando la barandilla en su base repulsora.

Korda apartó al soldado de asalto, sin importarle si aquel idiota sucumbía a las picaduras venenosas o no. Esforzándose por ver con claridad, sacó el bláster de su funda y apuntó a través de la nube de criaturas voladoras. Medio cegado por el enjambre, su disparo impactó en el muro del puente justo cuando la chica se preparaba para seguir al droide por el borde. El disparo hizo saltar fragmentos de piedra que alcanzaron ala chica en la pierna y ésta gritó, antes de dejarse caer hacia delante.



Apartando de su camino a los insectos infernales, Korda corrió hasta el borde y observó: la chica se sumergía en las sucias aguas del canal. Korda apuntó con su bláster, pero, antes de que pudiera disparar, una verruga-avispón atacó su brazo extendido, cubriendo de veneno su piel expuesta. Gritó de dolor, antes de dejar caer su arma al agua.

Maldiciendo, miró a su alrededor y corrió para coger la pistola bláster que Pexton había dejado caer. Era un modelo SoruSuub de gama baja, primitiva y de corto alcance en comparación con el armamento imperial, pero serviría.

Apoyándose en la pared, Korda volvió a asomarse por el borde del puente, pero la chica ya no se encontraba a la vista. ¿Se habría ido buceando bajo la superficie del canal?

¿Quién sabía qué habitaba en aquel montón de basura?

Entonces Korda oyó el rugido de un motor. ¡Allí! El droide flotante estaba sacando a Lina fuera del agua y subiéndola a un pequeño bote de madera atracado aúna de las orillas del canal. Su hermano ya estaba al timón.

—No, no —escupió Korda, y disparó con el arma del sullustano.

El disparo golpeó un costado de la embarcación, cuyo casco chamuscó, pero la chica ya estaba a bordo. Sin esperar al siguiente disparo, Milo Graf aceleró el motor y el barco avanzó, a la vez que su desafortunado dueño salía de un edificio cercano y reprendía a gritos a los jóvenes ladrones.

De repente, habían desaparecido, retumbando por el canal.

Korda dio un puñetazo al muro de piedra. Ya estaban fuera del alcance del ridículo bláster.

Echó un vistazo alrededor con su ojo bueno, ignorando los gritos de sus hombres. Ahora que el droide había dejado de emitir aquel penetrante ruido, el enjambre parecía estar dispersándose, aunque no le importaba: el daño ya estaba hecho.

No podía creerlo. Dos críos pequeños se la habían jugado.

Maldiciéndose, Korda corrió por el puente, apartando un avispón que aterrizó en su pecho. Al final del puente había una civil encorvada en una moto *speeder*, con un manto echado sobre su cabeza para protegerse del enjambre. La cogió del hombro y la arrojó a un lado. Sin volver a mirar a la mujer, saltó sobre el asiento del vehículo y encendió el motor.

La moto *speeder* salió disparada y dispersó a las verrugas-avispón que había alrededor. Korda giró a la izquierda y tocó el suelo de adoquines con las rodillas. Pisando el acelerador, el capitán imperial salió rugiendo del puente.

Aquellos niños no escaparían una segunda vez.

CAPÍTULO 10

PERSECUCIÓN POR EL CANAL

—¡Cuidado!

Milo giró el volante a la derecha y esquivó, por poco, una gran barcaza que iba en dirección opuesta. Los miembros de la tripulación klatooiniana los maldijeron a gritos, pero ésa era la menor de sus preocupaciones. Echó un vistazo a su hermana, que estaba empapada y se masajeaba la pierna.

—¿Te ha alcanzado?

—No —contestó ella—. Algunos escombros de la pared me han dado en la pierna, eso es todo.

CR-8R se dio la vuelta sosteniendo un espray de bacta en uno de sus brazos manipuladores. Lina lo apartó.

—En serio, estoy bien. Ni siquiera me he roto la…

Su voz se apagó.

—¿Qué pasa? —preguntó Milo, mirando hacia atrás.

No hizo falta que Lina le respondiera: una moto *speeder* avanzaba velozmente por el camino que recorría la orilla izquierda del canal, persiguiéndolos.

—¡Korda! —dijo Milo con dificultad.

El capitán imperial estaba inclinado sobre el manillar de la moto *speeder*, con el motor del vehículo al límite para alcanzarlos. Incluso a esa distancia, Milo pudo ver que le pasaba algo en la cara: el lado izquierdo tenía el doble de su tamaño habitual, con la piel irritada e inflamada. Una de las verrugas-avispón debía de haberle alcanzado. Aunque no parecía que eso lo frenara. ¿Nunca se daba por vencido?

Morq chilló alarmado y Milo volvió la vista al frente, justo a tiempo de evitar chocar con un pequeño bote.

—Eso ha estado demasiado cerca —dijo—. ¿A cuánto estamos del puerto espacial?

Lina sacó su tableta y activó el mapa.

—¡No sé dónde estamos!

—¡Ni yo!

—Tú encontraste el puente, ¿no?

—¡Pero viniendo de la dirección opuesta! ¡Tú fuiste la que nos dijo que saltáramos al bote!

La tableta produjo un pitido que indicaba que había encontrado su localización.

—¡Izquierda! —gritó Lina—. Gira a la izquierda.

—¿Cuándo?

—¡Ahora!

—Te agradecería que me avisaras con un poco más de tiempo la próxima vez —dijo Milo, dando otro giro brusco al bote robado.

Al tambalearse hacia la izquierda, rociaron con la maloliente agua a los desafortunados transeúntes que paseaban por la orilla del canal.



No hubo tiempo para pedir disculpas: Korda había cruzado un puente y aún los seguía muy de cerca. Tenía una mano en el manillar, mientras con la

otra buscaba algo en su cinturón.

—¡Tiene un bláster! —gritó Lina cuando el oficial apuntó y disparó. El proyectil impactó en la popa del barco, de la que salieron volando astillas de madera en todas direcciones.

Milo zigzagueó por entre los barcos del canal; o, al menos, ése era el plan. Pero golpeó el costado de una barcaza, lo que provocó un intenso crujido y casi lanzó a CR-8R por la borda.

—¿Estás intentando hundirnos? —exclamó Lina. Morq saltó y se agazapó sobre su cabeza, tapándole los ojos con los brazos.

Otro disparo impactó en el barco, peligrosamente cerca del motor fueraborda que los propulsaba por el agua.

—No, pero Korda sí. ¿Hacia dónde?

—No puedo ver —dijo Lina, intentando apartar al aterrado mono-lagarto.

Milo se volvió hacia ellos:

—Morq, bájate de ahí. Si necesitas abrazar a alguien, abraza a Cráter.

Todavía incapaz de hablar, el droide no pudo protestar cuando Morq dejó la cabeza de Lina para subirse a la suya.

—Mucho mejor —dijo Lina mientras revisaba el mapa—. A la derecha, y justo después a la izquierda. Korda se quedará atrapado al otro lado del canal.

—¿Por?

—Su moto *speeder* no podrá cruzar por el agua. Tendrá que ir por el camino más largo.

—Vale —contestó Milo—; ¡pero recuerda lo que me has dicho sobre chocarme con cosas!

El bote derrapó hacia la derecha, muy cerca de una de las esquinas, mientras los disparos de Korda se desvanecían en el agua. Entonces Milo giró a la izquierda. Ambos niños gritaron cuando el bote estuvo a punto de hundirse, pero finalmente volvió a enderezarse.

—¿Todavía está allí? —preguntó Milo, manteniendo la vista al frente.

Lina echó un vistazo a su alrededor; no había ni rastro de la moto *speeder* de Korda.

—Ya no, creo.

—Entonces regresemos al *Ave* antes de que vuelva a encontrarnos.

Lina leyó en voz alta las direcciones y Milo hizo todo lo posible por reaccionar. No una, sino dos veces rozó los muros del canal y estuvo a punto de chocar contra una barcaza llena de cereales, pero cada amago de accidente los llevaba más cerca del puerto espacial.

Milo sonrió tras el timón: iban a conseguirlo. ¡Iban a escapar!

De pronto llegó a sus oídos un sonido parecido al grito de un animal.

—Oh, no —dijo Lina.

—¿Qué? —preguntó Milo, mirando por encima del hombro.

Sobre sus cabezas, volando bajo, había uno de los cazas TIE, a la misma velocidad que el bote. Descendió un poco más sobre el canal, tan cerca que pudieron ver la oscura armadura del piloto a través del parabrisas.

—¡Detengan el vehículo y entréguense! —ordenó el piloto por los altavoces del caza.

—¿Qué hacemos? —dijo Milo.

—Ignorarlo y continuar —respondió Lina.

—¿Ignorar la gran nave con cañones láser?

—No es tan grande —mintió Lina.

—¡Sí, cuando estás en un Destructor Estelar, no en un barco!

Milo volvió a doblar una esquina, seguido de cerca por el caza TIE.

—Repito —insistió el piloto—: ¡paren o disparo!

—No lo hará —insistió Lina—. Ya has oído a Korda en el puente: no pueden arriesgarse a dañar a Cráter.

Rayos de energía verde impactaron contra el agua a cada lado del bote, levantando nubes de vapor.

—¿Quieres contárselo a él? —gritó Milo.

Lina señaló al frente:

—Baja por allí.

Milo puso unos ojos como platos cuando vio a qué se refería Lina: era una estrecha franja de agua, no mucho más ancha que el barco; un canal de carga para los almacenes que se alzaban a cada orilla.

—No lo conseguiré —dijo Milo—. Viene demasiado rápido.

—¡Gira ya!

—¡No!

El caza TIE disparó de nuevo, levantando agua, con la única intención de asustarles para que se detuvieran. En lugar de acobardarse, Lina se inclinó hacia delante, agarró el volante y giró bruscamente a la derecha. El bote derrapó sobre el agua y chocó contra el canal de carga, rebotando en las estrechas paredes.

Instintivamente, el piloto del caza giró para seguirles, pero se dio cuenta de su error demasiado tarde: incapaz de pasar por el hueco, la nave se estrelló contra el almacén; perdió los paneles solares que llevaba a los lados y luego explotó como una bola de fuego. Los ardientes pedazos de la nave que empezaron a caer silbaron al impactar contra el agua fría.

Milo volvió a tomar el control del timón, pero el motor se detuvo, lo que dejó el barco a la deriva.



—¿Qué ha pasado?

Lina se arrastró hacia el motor; un orificio circular lo atravesaba de lado a lado.

—Está sin combustible: Korda debe de haberle disparado y ha habido una fuga. Hemos tenido suerte de que no haya explotado.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Nadar?

Lina se volvió hacia CR-8R:

—Cráter, tendrás que usar tus repulsores.

El droide se quedó boquiabierto, negando con la cabeza.

—Mira —continuó ella, poniéndole la tableta frente a la cara—. Estamos a un par de manzanas del puerto espacial. Apunta los repulsores hacia atrás y propúlsanos. ¡Vamos, Korda puede llegar en cualquier momento!

El droide sacudió la cabeza, negándose en redondo.

Una mano enguantada agarró la parte posterior del barco.

Lina gritó cuando vio que el piloto del caza TIE derribado intentaba subir a bordo desde el agua. La figura negra se acercó a Lina, cuyo aterrado rostro se reflejaba en el cristal de la máscara.

—¡Cráter, deja de discutir y hazlo!

Mientras el piloto se esforzaba en subir a pesar del vaivén del bote, el droide se lanzó por la popa. Agarrando el borde del barco con sus brazos manipuladores, CR-8R encendió sus repulsores en dirección a la cara del piloto.

El bote empezó a acelerar, más rápido que antes, provocando que el piloto saliera volando sobre el agua.

Milo giró para salir del canal de carga y entrar en un tramo despejado.

—Sigue recto —indicó Lina, consultando el mapa—, y después gira a la derecha hacia aquel vendedor de *speeders* terrestres.

Milo hizo lo que le indicaban, mientras los repulsores de CR-8R se quejaban por el esfuerzo. Frente a ellos, los edificios a ambas orillas del canal desaparecieron para dar paso a un grupo de naves de gran tamaño.

—¡Es el puerto espacial! —se alegró Lina.

Milo se volvió para mirarla.

—Sí, y Korda también.

El capitán estaba de pie en un pequeño puente, delante de ellos, con el arma alzada y preparado para disparar.

CAPÍTULO 11

¡DESPEGUE!

—¡Deteneos ahora mismo! —bramó Korda.

—Me parece que no —respondió Milo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lina.

—Esto —dijo Milo, girando el timón—. ¡Danos un último empujón, Cráter!

El bote se impulsó hacia delante y subió por una fila de escalones de piedra que salían del agua. Salieron disparados por los aires, planeando sobre el puente, justo encima de Korda. El capitán se dio la vuelta y empezó a disparar su bláster. Los rayos láser impactaron contra la parte inferior del bote y atravesaron la cubierta, pero sin acertar a Lina ni a Milo. El bote aterrizó sobre la orilla del canal, chocando contra el suelo de baldosas, y se deslizó por la calle, hasta chocar con un puesto de mercado.



Korda salió corriendo del puente, pero cuando llegó al puesto en ruinas, los niños ya no estaban allí.

—Rápido —apremió Lina, corriendo por entre las naves estacionadas.

—No me digas —respondió Milo, que llevaba a Morq en brazos. CR-8R los seguía de cerca, con sus motores de repulsión sacando humo a causa del esfuerzo.

El *Ave Susurro* estaba justo delante. Lina sacó su tableta y, pulsando varios botones, abrió la rampa de acceso. Tras ellos, Korda intentaba alcanzarlos, corriendo sorprendentemente rápido para ser un hombre tan grande.

—No lo conseguiremos —jadeó Milo. Ya casi tenían a Korda encima. Enfrente, la rampa acabó de descender, y los motores recién reparados se encendieron automáticamente.

De pronto, una figura apareció frente a ellos, flotando sobre su pequeño platillo volante.

—¡Eh! —dijo Nazgorigan—. Ésa es la lagartija que me robó el espray.

—¡Lo siento, no podemos pararnos! —gritó Lina mientras esquivaba al enfadado estafador. Por detrás, Korda no tuvo tiempo de reaccionar, y se estrelló contra Nazgorigan y lo lanzó fuera del platillo. El oficial imperial y el jablogiano rodaron por el suelo como una masa de brazos y piernas furiosas.

Era la oportunidad que los niños necesitaban. Subieron por la rampa, que CR-8R cerró a su paso, mientras Korda intentaba separarse del rollizo alienígena.

—¿Cuánto tardaremos en despegar? —preguntó Milo cuando entraron en la cabina. Lina se abalanzó sobre el asiento del piloto y empezó a tocar los interruptores.

—Desacoplando el tren de aterrizaje.

CR-8R se colocó en la posición de copiloto, vinculándose al ordenador de navegación y, a la vez, intentando arreglar sus altavoces.

—¡Agarraos! —dijo Lina, tirando con fuerza de la palanca de control.

Apártate de mí —gruñó Korda, mientras daba patadas a Nazgorigan.

El alienígena rodó hacia un lado, pero era demasiado tarde: el suelo vibró cuando los motores del *Ave Susurro* aceleraron y la nave despegó hacia el cielo.

—¡No! —Korda se puso en pie rugiendo—. ¡Vader me cortará la cabeza!

No podía permitir que escaparan. El capitán arrancó el comunicador de su cinturón.

—Korda al Control portuario. Nave enemiga en vector de escape. ¡Bloqueadla!

—¿No te has olvidado de algo? —preguntó Milo. Morq temblaba casi tanto como los motores.

—¿Qué?

—Aquella estación espacial de allí arriba, y todas aquellas naves. Seguro que ya no se creen que somos *Tormenta Estelar Uno.*

Lina salió disparada del asiento de piloto.

—Pues averiguaremos si saben que vamos allá. ¡Toma los controles!

Milo parpadeó:

—¿Yo? ¿En serio?

Lina se trasladó a la estación de control posterior.

—Has pilotado un barco, enano. El *Ave* debería ser coser y cantar.

Milo, abrumado, permaneció inmóvil. Lina le cogió la mano.

—Puedes hacerlo. Me has salvado. Nos has salvado a todos.

—Más bien me has ayudado tú a que te salvara.

—Eso quiere decir que formamos un gran equipo, ¿no?

Milo dibujó una sonrisa y tomó el lugar de su hermana tras los controles de mando.

—¿Y cuál es su plan? —graznó CR-8R.

—Tu vocalizador funciona —dijo Lina, accediendo a la matriz de comunicación de la nave—. Lástima.

—¡Perdóneme por preguntar cómo se las apañará para evitar que nos conviertan en polvo espacial! —se quejó el droide.

Lina toqueteaba los controles mientras Milo los elevaba cada vez más en la atmósfera.

—Papá solía escuchar los canales oficiales para enterarse de nuevos planetas que explorar. Si pudiera encontrar la frecuencia imperial…

El ordenador emitía un sonido claramente inútil.

—No lo consigo —se lamentó Lina, antes de intentarlo de nuevo—. Creí que sería fácil, pero…

—Lo es, si sabe cómo hacerlo —insistió CR-8R—. Permítame.

El droide extendió otra sonda en el ordenador de navegación.

—Accediendo a los canales de comunicación.

Unas voces empezaron a balbucear a través de los altavoces: eran las fuerzas imperiales, que intentaban comunicarse por el espacio.

—Nave enemiga aproximándose.

—Iniciad la red gamma de defensa.

—Máxima alerta. Desplegad los cazas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Milo, mirando a su hermana. Por una vez, ésta no tuvo ninguna respuesta.

—Tengo una idea —dijo Cráter—: si rastreo la señal, puedo triangular sus posiciones.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir —admitió Milo—, pero suena impresionante.

—Lo es —dijo Lina, que había entendido lo que sugería CR-8R—: Cráter puede descubrir dónde están las naves por sus transmisiones, y encontrar una brecha lo suficientemente grande como para que pasemos por ella. ¡Es brillante!

—Tengo mis momentos —dijo CR-8R, haciendo sus cálculos mientras los altavoces seguían emitiendo.

—Momento de interceptar. Un minuto cuarenta y siete segundos.

—¿Los tienes? Repito: ¿los tienes?

—… recuerda, podéis enfrentaros al Imperio. Por vuestras familias, vuestra libertad, por vuestro futuro…

—Espera —dijo Milo—. ¿Qué ha sido eso?

—Eso no parecía el Imperio. —Lina revisó las transmisiones—. Ni siquiera es una frecuencia oficial del Imperio.

—¿Qué quieres decir?

—Es…, no sé, como si estuviera al margen de los canales oficiales.

—¿Como un mensaje secreto?

—Sí, exactamente eso. Desde algún lugar del Espacio Salvaje.

—Pero si están hablando de resistirse al Imperio…

—Quizá nos ayuden. Cráter, ¿puedes localizar el origen del mensaje secreto?

—Lo estoy intentando —contestó el droide.

—No necesitaremos la ayuda de nadie si no podemos librarnos de esas naves —les recordó Milo—. ¿Tenéis todas sus posiciones?

Lina pulsó un botón.

—Transfiriéndolas al ordenador de navegación.

El *Ave Susurro* dejó las nubes atrás y salió disparada hacia el espacio abierto. Milo echó un vistazo a las lecturas que le ofrecía el ordenador. Sobre el radar fueron apareciendo pequeños puntos, cada uno de los cuales representaba una nave diferente.

—Hay un montón —se quejó.

—Pero ya no hay vuelta atrás —dijo Lina—. Estamos en el punto de mira de dos cazas.

—¿Dónde?

—¡Justo detrás de nosotros! ¡Mira!

Milo miró la pantalla que señalaba su hermana y que mostraba los sensores traseros del *Ave*. Dos cazas TIE también habían salido de las nubes y se acercaban un poco más a cada segundo.

Milo tragó saliva.

—Van muy deprisa, ¿no?

—Creo que he localizado el origen de la

14B transmisión —informó CR-8R—: el planeta Xirl, cerca del sistema Kalidorn.

—Genial, pero ¿cómo vamos a escapar?

Frente a ellos, en los confines del espacio, las naves imperiales les bloqueaban el paso. Detrás, los cazas TIE apuntaban sus armas al *Ave*.

Esta vez había realmente pocas posibilidades de escapar.

CAPÍTULO 12

SIN ESCAPATORIA

En tierra, Korda corrió hacia su lanzadera. El piloto se volvió hacia él, con la boca abierta. —¡Capitán, su cara!

—Eso no importa —resopló Korda. Le costaba respirar, pues el veneno de la verruga-avispón estaba haciendo estragos en su cuerpo—. Despegue de emergencia. Llévanos hasta el bloqueo.

Mientras el piloto se preparaba para el despegue, la consola de comunicación emitió una señal de alarma. El corazón de Korda ya le palpitaba, pero el pulso se le aceleró todavía más cuando se dio cuenta de quién estaba intentando contactar con él.

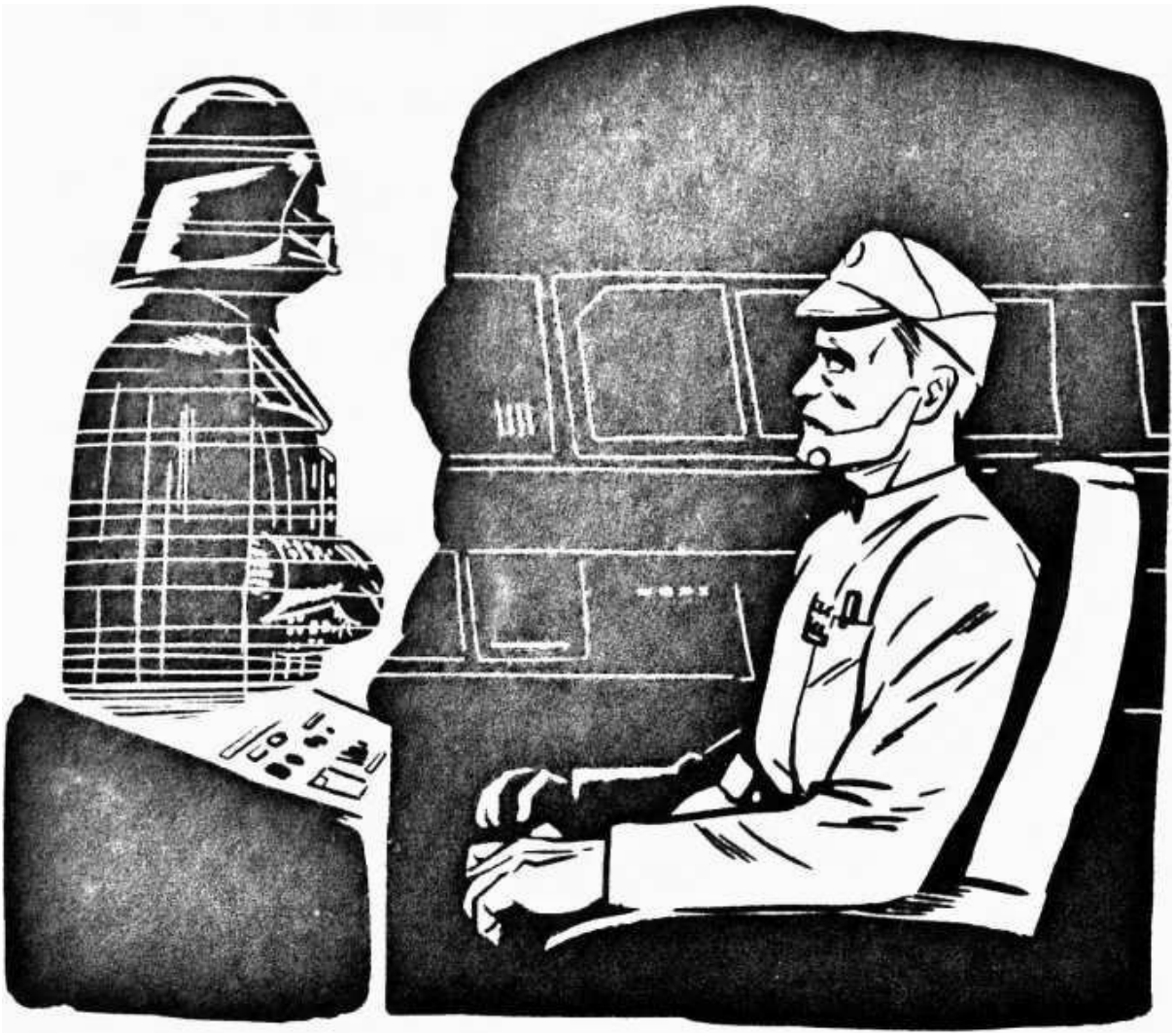
Se dejó caer en un asiento y aceptó la llamada.

El holograma de una imponente figura con un brillante casco negro apareció ante él.

—Lord Vader —dijo Korda con voz ronca—. ¿En qué puedo servirle?

—*Podría decirme que ya tiene esos mapas* —murmuró la figura enmascarada.

Darth Vader era una autoridad que tener en cuenta. Su único superior era el Emperador en persona. No era conveniente enemistarse con él.



—Pronto, milord. Hemos establecido un bloqueo, pero los niños…

—*¿Niños?* —lo interrumpió Vader—. *¿Es incapaz de capturar a unos niños?*

—Los tenemos, señor. No escaparán.

—*Asegúrese de que no lo hagan* —ordenó Vader, antes de cortar la transmisión.

Korda se recostó en el asiento. Le dolía el estómago, y no tenía nada que ver con el veneno que corría por su cuerpo.

Sudando, miró por la ventana. Si esto no funcionaba, estaba acabado.

—¡Allí! —dijo Lina, señalando los puntos en la pantalla—. Hay una brecha.

—Apenas —dijo Milo, aunque ajustó el rumbo del Ave en aquella dirección—. Incluso si pudiéramos pasar por allí, las naves tendrían tiempo de cortarnos el paso.

Lina pensó rápidamente.

—No, si saltamos al hiperespacio.

—¿Cuándo?

—¡Ahora!

—Pero todavía estamos en la atmósfera de Thune.

—Señorita Lina —intervino CR-8R—. Como usted bien sabe, los motores de hiperpropulsión no se encenderán en el campo gravitacional de un planeta. Se activarán los protocolos de seguridad.

—No, si los apagamos.

La cabeza de CR-8R se sacudió tan rápido que Milo pensó que iba a explotar.

—No puedes hacer eso.

Lina asintió.

—En realidad, sí que puedo. Cuando estuve trabajando en el generador principal tuve que pasar por alto los sistemas de seguridad. Podríamos hacer lo mismo para el salto a velocidad luz: parar el ordenador apagando los motores. Es simple.

—¡Pero altamente peligroso! —añadió el droide.

—Sólo si explotamos.

—¿Es posible? —preguntó Milo.

—También puede ser que nos desintegremos al entrar en el hiperespacio.

Los niños se miraron el uno al otro.

—Entonces, lo mejor será que lo probemos —dijo finalmente Milo.

—¿Qué? —chilló CR-8R.

Rayos de energía pasaron junto al *Ave Susurro*, a pocos centímetros del casco de la nave.

—Eso han sido los cazas TIE —dijo Milo—. Son disparos de advertencia.

—Estamos recibiendo un mensaje —informó CR-8R, asustado por la situación.

—Vamos a escucharlo —dijo Lina.

La voz del capitán Korda resonó por los altavoces.

—¡No tenéis escapatoria! ¡Rendios y os dejaré vivir!

Milo apagó el comunicador.

—¿Confiamos en él?

—La única persona en la que confío eres tú —le dijo Lina. Morq dejó escapar un chirrido—. Y en el mono-lagarto.

—Encantador —resopló CR-8R.

Milo observó el bloqueo de naves imperiales, que cada vez estaba más cerca. La libertad estaba al otro lado, y sus padres, en algún otro lugar.

Agarró el control de mando.

—Sólo tendremos una oportunidad. Hagamos que salga bien.

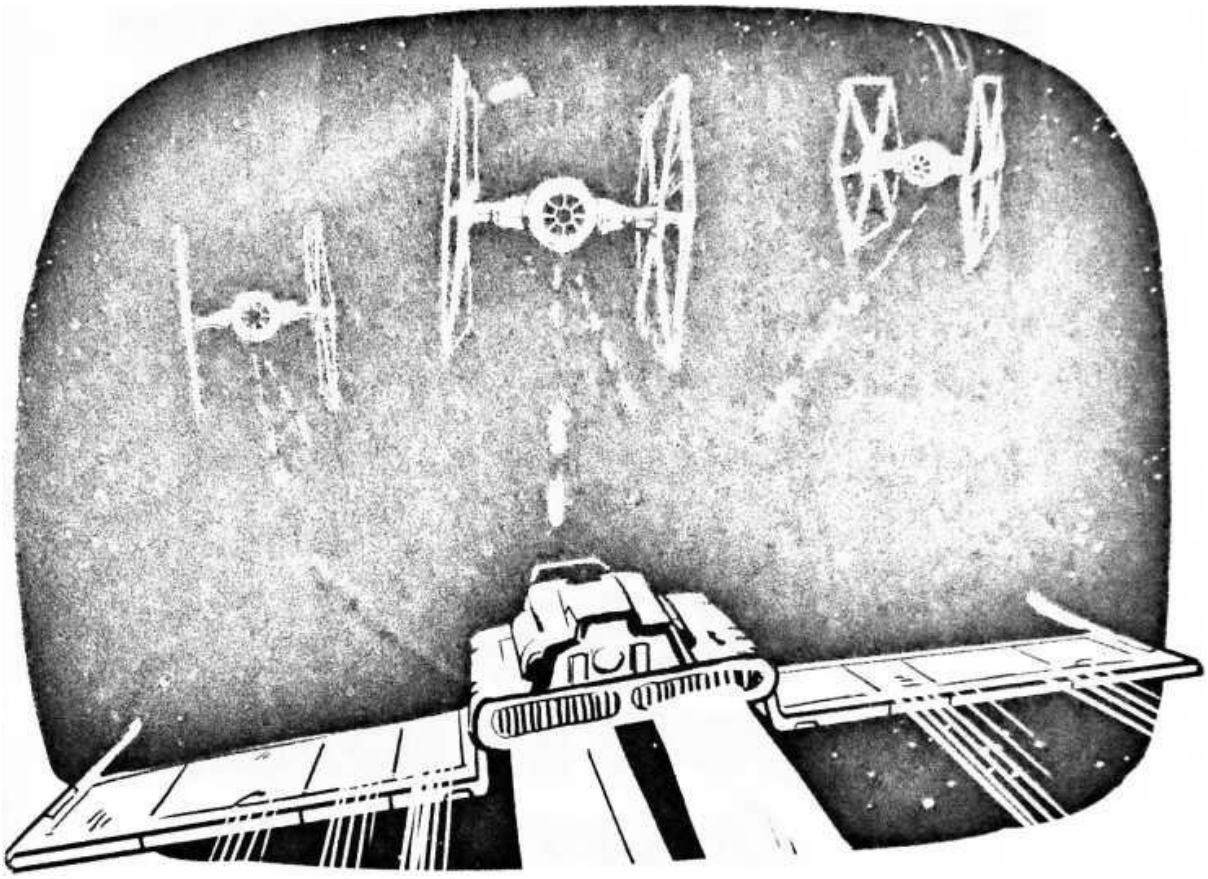
—¿Listo? —preguntó Lina.

—¡No! —insistió CR-8R.

—¡Hazlo! —dijo Milo.

Lina volvió a los controles, donde accedió a los sistemas de potencia de la nave y dio órdenes que normalmente el ordenador nunca obedecería. Se oyó un pitido de advertencia y ella asintió.

—Hecho. Podemos saltar cuando estés listo.



—No habrá un mejor momento —dijo Milo, agarrando el nivelador del hiperpropulsor. Antes de poder cambiar de opinión, tiró de él con fuerza.

El *Ave Susurro* se lanzó al hiperespacio, pasando a través del bloqueo. Tras ellos, los pilotos de los cazas TIE quedaron tan desconcertados que chocaron con las naves imperiales sin darse cuenta y explotaron al impactar.

En su lanzadera, el capitán Korda se quedó mirando las llamas y gritó, lleno de rabia:

—¡No!

Contra todo pronóstico, los niños Graf habían escapado. Pero ¿hacia dónde se dirigían?

LA AVENTURA CONTINÚA EN

STAR WARS

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

Tercer libro: EL NIDO